

Selecta

Chris Razo



Infidelidad

Mentiras con amor 1

Infidelidad

Mentiras con amor 1

Chris Razo

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Prólogo

Te dejo. He conocido a otra persona y me marchó.

Esa fue su explicación después de cinco años de relación. Bonitas palabras de un cerdo hijo de puta. No puedo decir que me lo esperara o que las cosas entre nosotros iban mal, porque sería mentira. Para mí fue una sorpresa. Y es que creemos que, cuando llevamos tanto tiempo con alguien, le conocemos al cien por cien. Pero creedme, estamos muy equivocados. Nadie termina de conocer a alguien.

Podría decir que estaba harta de él, que no le quería y que era un idiota, pero mentiría. Ni siquiera esperaba que me dejara. Yo no había notado que las cosas fueran mal, esas cosas las mujeres las notamos. Pero no. Mi sexto sentido se debió de ir de vacaciones por ese tiempo.

Me dejó sin más explicación. Las únicas palabras que pronunció fueron: «hace tiempo que no estoy enamorado. No eres la persona de la que me enamoré». ¡Por favor! Claro que no era la misma persona. Tampoco lo era él. Y cuando le dije que eso no era excusa, sus palabras me hirieron todavía más:

—Te dejo porque he conocido a otra mujer. Sabes que siempre me han gustado las mujeres con pechos grandes, y, bueno, tú... —Mi cara debió de ser un poema. Creo que, en ese momento, la sangre se me salió del cuerpo y no regresó en horas. Pero si no estaba contento con su fantástica frase añadió más—: Asúmelo, Sofía. Hace tiempo que no estamos enamorados. Vendré por mis cosas en unos días. Me gustaría que cuando lo hiciera no estuvieras. Me sentiría incómodo. —Cogió la puerta y se largó sin más. Dejándome tirada. Pensando en qué era lo que había hecho mal. ¿Qué es lo que había pasado entre nosotros para llegar a este punto? ¿Que no estábamos enamorados? ¿Por qué hablaba por mí? Yo sí lo estaba. Solo me quedaba llorar. Y lo hice como si fuera una niña adolescente que pierde su primer amor, con la diferencia de que yo ya tenía treinta, y sentía que mi vida acababa de irse por esa puerta.

Los días posteriores no fueron mejores. Tuve que dar explicaciones a mis amigas, a mis padres... argumentando cosas que no eran verdad. *Nos hemos dado un tiempo, necesitamos pensar, llevamos juntos demasiado tiempo...* Omitiendo, por supuesto, que mi novio me había dejado por una mujer de pechos grandes, como él me había dicho. Demasiado bochornoso era para mí, como para encima, tener que explicárselo a la gente. No estaba preparada. Ahora no.

La única que sabía de la verdad era Ana. Evidentemente a ella era mucho más difícil

ocultárselo, es mi mejor amiga.

Y en este momento, no sé quién le odiaba más, si ella o yo. Me prometió que le arrancaría los huevos si algún día se lo cruzaba. Y estaba segura de que sería verdad.

Días más tarde, recibí un mensaje del impresentable. Venía a casa a recoger sus cosas. Ni siquiera se molestó en preguntarme cómo estaba. Después de tantos años, no reconocía a la persona que veía.

Lo que menos me apetecía era discutir, por lo que lo mejor era que me largara. Tampoco tenía fuerzas para enfrentarme a él por el momento. Me fui de casa y llamé a Ana para contárselo, no le hizo ninguna gracia, lo que desencadenó una nueva discusión con ella. No entendía que también era su casa, o eso era lo que ponía en las escrituras.

Cuando volví, no puede evitar volver a llorar. Se había llevado toda su ropa... ya no quedaba nada suyo en la que hasta hace unos días era *nuestra* casa.

Capítulo 1

— ¡Date prisa! No quiero que llegemos tarde. A las nueve te espero abajo. Ponte guapa, pichoncita.

El día llegó. Hoy tenemos que ir a la maldita fiesta. A una de esas en las que yo me siento verdaderamente incómoda. Todo fue gracias a mi amiga Ana... pero en algún momento me lo cobraría. ¡Vamos que si me lo cobraba!

Hacía casi dos meses que no salía y Ana puede llegar a ser muy pesada cuando quiere. Su revista era la invitada estrella del evento, y aquello estaría lleno de famosos y de *barbies* locas intentando conquistar a un futbolista *buenorro* o un multimillonario que les consintiera cualquiera de sus caprichos. Estaba claro que ese ambiente no era el mío.

Me llamo Sofía y soy la tía más normal que pasará por esa fiesta esta noche.

Supongo que mi ex me dejó porque era una chica del montón. Nunca me he valorado demasiado, pero he de reconocer que el hecho de que tu ex te deje por una «con las tetas más grandes» tampoco ayuda para quererse más.

Nunca me he considerado una chica fea, pero soy realista, hay mujeres mucho más guapas y con mucho mejor cuerpo que yo. «Al César lo que es del César».

No me siento cómoda en este tipo de lugares, pero quiero a mi amiga, y tengo que reconocer que el chantaje emocional se le da de lujo. Me resisto, pero siempre me acaba convenciendo.

Reconozco que me encanta la moda, pero los vaqueros y las camisas me acompañan casi todos los días. Adoro los vestidos y los trajes de chaqueta. Y es que creo que una mujer con un traje puede resultar realmente sexy.

Aunque esta noche luciré un vestido con escote y espalda al aire ¡Qué me quiten lo *bailao*!

A las nueve Ana ya me está esperando abajo. Por supuesto, llevamos chófer. Es lo que tiene ser amiga de la directora de la revista con más tirada del territorio nacional ¡Me siento orgullosa de ella!

Nuestra gran fiesta es en un hotel de Madrid.

Cuando llegamos, el ambiente es increíble. Puede que me lo pase bien y todo.

Nada más llegar, mi amiga me presenta a un montón de gente. Casi todo hombres. Está obsesionada con que tengo que follar, y lleva dos meses metiéndome tíos por los ojos. No entiende que, en este momento de mi vida, lo que menos necesito es un hombre.

Aburrida de ver tantas mujeres detrás de tíos, me voy a la barra a pedirme otra copa y aunque ya voy con mi chispilla, no me importa. Hace mucho tiempo que no salgo, y he venido para divertirme.

Cuando me siento, alguien me toca la espalda y me asusto.

—Perdona, no quería asustarte. ¿Me dejas que te invite a una copa? —Pero ¿quién es este hombre? ¿Se puede ser más guapo, y más atractivo? Es moreno, alto, los ojos como la miel y la sonrisa más bonita que he visto en años. Lleva un traje de chaqueta con una camisa blanca que, por cierto, le sienta como un guante.

—Lo cierto es que ya tengo una, pero gracias por la invitación... ¿Tu nombre?

—Marcos. Me llamo Marcos. ¿Y tú?

—Sofía.

—Encantado, Sofía. —Me tiende la mano y siento un calor inmenso que recorre todo mi cuerpo —. Quizás, cuando te acabes esa, pueda invitarte a otra.

—Creo que ya serían demasiadas, pero gracias. —Le sonrío. ¿Está ligando conmigo?

—¿Y qué haces por aquí, Sofía?

—Un compromiso, ¿y tú?

—También. No me gustan nada este tipo de eventos, pero al final siempre vengo.

—Eso es porque en el fondo te lo pasas bien.

—Sí. Siempre encuentro gente guapa pero que rechazan mis copas... —Siento como arden mis mejillas. ¡Está ligando conmigo, sí!

—Gracias por el cumplido.

—No hay de qué. Solo digo la verdad. ¿Te apetece salir de aquí?

—Sí. Estoy un poco cansada de este ambiente ya. ¿Qué propones?

—Siempre algo mejor. ¡Vamos! —Me coge la mano y me lleva con él.

—¡Espera! Tengo que avisar a mi amiga.

—No te preocupes. No tardaremos mucho. —Me voy con él sin pensármelo demasiado. Cogemos un ascensor y nos dirigimos a la planta quince.

Salimos, y me mete en un baño. Me coge y me sube a los lavabos.

—Solo dime que te apetece tanto como a mí, de lo contrario, te bajaré y volveremos a la fiesta.

No puedo dejar de mirarlo y le beso. Sube sus manos hasta mis pechos, los toca con tanta pasión que creo enloquecer. Después de jugar con su lengua en mi boca, baja hasta mis pechos, se los mete en la boca y los chupa con tanta fuerza que grito por el placer extremo que me está haciendo sentir en este momento. Mete su dedo dentro de mí sin ninguna piedad, lo mueve rápido, haciendo círculos, lo mete, lo vuelve a sacar y cada vez con más fuerza. Me resulta imposible no correrme.

Mientras, yo le desabrocho la camisa y toco sus firmes pectorales. Mi lengua juega con ellos. Le desabrocho el pantalón e introduzco mi mano dentro de su pantalón. Noto su erección en mi mano, está muy excitado. Paseo mi mano por su miembro, subiendo y bajando con suavidad.

Noto como cada vez crece más y me siento pletórica. Me encanta saber lo que provoco en él. No aguanta más, me sube el vestido y me apoya contra el cristal.

—Voy a follarte como nunca nadie lo ha hecho, preciosa.

Se baja el pantalón, saca un preservativo y me penetra con fuerza. Estoy tan mojada que no siento si me hace daño, las embestidas cada vez son más fuertes. No deja de besarme, y lo hace con una pasión con la que jamás me habían besado. Me agarro a su cuello y empiezo a moverme cada vez con más fuerza. Sale de mí y me baja del lavabo.

—Ven, preciosa, pon las manos aquí. —Pongo las manos encima del lavabo—. Agáchate un poco... —Hago lo que me dice, y me penetra de nuevo —¡Joder, nena, estás tan mojada! ¡Vas a volverme loco! —Me agarra los pechos con sus manos, a la vez que me penetra con fuerza. Le oigo gemir en mi oído y me excita mucho más.

Cuando terminamos, me pongo el tanga y me subo el vestido. No soy capaz de mirarle a la cara. Jamás había hecho nada parecido y mucho menos con un tío que acabo de conocer. Me siento avergonzada.

—¿Estás bien, preciosa?

—Sí, pero tengo que irme ya.

—¿Volveremos a vernos?

—Puede. No lo sé.

—Entonces, dame tu teléfono. Así tendré la seguridad de que sí sucederá.

—Lo siento, Marcos, pero hace tiempo que no le doy el teléfono a ningún hombre. ¿Crees en el destino?

—Digamos que no creo en las casualidades.

—Si nos volvemos a encontrar será por algo. Gracias. Ha sido increíble. —Le doy un beso en la mejilla.

—A ti, preciosa. Gracias a ti, la fiesta ha sido perfecta. —Salgo del baño y me meto en el ascensor. Tengo el maldito pelo encrespado, y todo el maquillaje corrido. Me bajo una planta más abajo y busco otro baño. Mientras que me arreglo pienso en lo que ha sucedido. No puedo creer lo que he hecho. Yo no soy así. Jamás me he acostado con un hombre la primera noche y menos sin conocerlo. ¿Qué te está pasando, Sofia? Ha sido increíble, sí, pero no puede volver a suceder más. Podría haber entrado cualquiera y habernos pillado. ¿En qué estaba pensando? Me ha vuelto tan loca este hombre que no he conseguido tener la mente fría con él. Dejo de pensar y vuelvo a coger el ascensor.

—¿Se puede saber dónde estabas, tía? —pregunta Ana cuando me ve.

—He subido al baño de arriba porque en este había mucha gente.

—Podías haberme avisado. Estaba preocupada. Pensaba que te habías ido.

—¡¿Cómo me voy a ir sin decirte nada?! Parece que no me conoces.

—No sé. Bueno, dime, ¿qué tal lo estás pasando?

—Bien, aunque sabes que no es muy de mi ambiente.

—Lo sé. Valoro el esfuerzo que has hecho. Eres una amiga diez, ya lo sabes.

La noche al final acaba siendo perfecta, aunque tengo que reconocer que ha sido Marcos el que ha hecho que eso sea así. Por supuesto, no le cuento nada a Ana.

A las cinco, la limusina me deja en mi casa, y, por fin, después de una larga noche, el sueño se apodera de mí y yo le dejo.

Capítulo 2

¡Bendita fiesta! Grandiosa la noche de ayer y grandiosa mi resaca de hoy. Suerte que no tengo que trabajar.

El domingo se presenta tranquilo, aunque yo no puedo parar de pensar en la noche de ayer y en él: Marcos. Tengo su nombre en cada poro de mi piel.

Suena mi teléfono y me saca de mi pompa. Es mi amiga Ana.

—Dime, pesadilla ¿Qué te pasa?

—Hola, cariño. Yo también te quiero. ¿Cómo va tu resaca?

—Bien. No dejo que pueda conmigo. ¿Y tú?

—La resaca bien, pero tengo un problema muy gordo.

—¿Qué te pasa? ¿No encuentras tus Jimmy Choo? —bromeo con ella.

—¿Cómo eres tan boba?! Claro que no. Me ha fallado el fotógrafo para mañana.

—¿Y?

—¿Cómo que y, Sofía? ¡Que te necesito!

—¿A mí? Sabes perfectamente que no me dedico a la fotografía.

—Y tú también sabes que si no lo necesitara nunca te lo pediría. Es una entrevista muy importante.

—Hay millones de fotógrafos en paro mejores que yo, y lo sabes.

—Sí, pero yo no tengo tiempo de hacer entrevistas. Ni siquiera tengo tiempo de buscar. Sofía, la entrevista es mañana a las diez. Por favor, te lo pagaré, te lo prometo.

—Si no te digo que sí vas a seguir insistiendo, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Está bien. Me debes una y muy gorda. Dime lugar, pero antes de las doce tengo que estar fuera. Tengo que ir al periódico.

—Tranquila, no durará más de una hora. A las ocho te paso a buscar, te invito a desayunar y te cuento todos los detalles. ¡Eres la mejor amiga del mundo!

—Y tú la más pesada, pero esta te la cobro.

—Lo que tú quieras, amiga. Mañana te veo, y gracias.

Cuelgo. Tengo una amiga que tiene el poder para meterme en marrones. Y yo que la dejo. Si no fuera por todo lo que me ayuda y todo lo que la quiero...

A las ocho tengo a mi querida amiga esperándome abajo y nos vamos a desayunar.

—No sé cómo voy a pagarte lo que vas a hacer.

—Yo tampoco, pero tranquila, ya se me ocurrirá algo. Cuéntame de qué va el asunto. ¿Otra modelo famosa?

—No, nada de eso. Es el director del hotel donde tuvimos la fiesta la otra noche. Y no te puedes imaginar cómo está... ¡Es un caramelo!

—¡Vaya! Por lo menos voy a alegrarme la vista.

—Y tanto, amiga. Yo no sé si seré capaz de concentrarme para hacerle la entrevista.

—Claro, cabrona, por eso no has mandado a ningún periodista de la revista. Directamente has venido tú.

—No, no es por eso. Este tío no concede entrevistas a nadie, y solo aceptaba si yo era la que se la hacía. Estuvo en la fiesta el otro día.

—No tengo ni idea de quién es.

—No te preocupes, cuando le conozcas no vas a ser capaz de olvidarte de él.

—Ya veremos.

Terminamos de desayunar y nos vamos a la entrevista. Como es lógico, es en su hotel. No puedo negar que después de cómo me lo ha pintado mi amiga, tengo curiosidad por saber cómo será ese hombre.

Cuando llegamos a recepción, la señorita nos dice que *el señor Dotelli* nos espera en su despacho. Dejo que mi amiga se adelante para poder coger todo el material que necesito para las fotos. Llegamos al despacho. El hombre está de espaldas y enseguida se gira hacia nosotras para saludarnos.

—Buenos días, señoritas. —Me quedo paralizada. Si no supiera que llevo vaqueros y que es imposible, pensaría que se me acaban de caer las bragas. Y esta vez no porque me las haya quitado él. ¡¡Dios mío!! ¡¡Es Marcos!! El mismo hombre con el que me acosté hace unas horas en este hotel. ¡En su hotel! No me puede estar pasando esto.

—Sofía, ¿estás bien? —pregunta Ana.

—Sí, sí, perfectamente.

—Señor Dotelli. Le presento a la fotógrafa que le va a hacer las fotos. Sofía, el señor Dotelli.

—Encantada —digo.

—Ya nos conocíamos. No hacían falta las presentaciones.

—¿Se conocen? —Mi amiga me mira con cara de intriga.

—Nos conocimos en la fiesta —dice Marcos.

—¡Vaya, no sabía nada! —dice Ana.

—¿Le importa que empecemos con las fotos? —pregunto.

—Cuando quieran.

Preparo la cámara. ¿Cómo ha podido decir que nos conocemos? La charla que me espera cuando salgamos de aquí va a ser muy interesante. ¿Por qué no ha mantenido la boquita cerrada?

Por un momento, he pensado que le iba a decir que echamos un polvo en los baños de su hotel. Necesito mantener la cabeza fría para poder seguir. Solo espero que este rato pase rápido, por favor.

Yo empiezo con las fotos, y mi amiga comienza a preguntar. Mientras que lo hago, me voy enterando de la vida del hombre, que hasta hace quince minutos solo era mi polvo salvaje en una fiesta. Es italiano. Hace más de veinte años que vive en España, y tiene dos hoteles más en la Península. Su familia vive en Italia, y la mayor parte del tiempo se lo pasa viajando. Y mi amiga que no se corta de nada, le hace la pregunta del millón.

—Sé que es muy discreto con su vida privada, pero ¿se podría decir que comparte este sueño con alguien?

—Lo comparto con mi familia. Y con respecto a mi vida privada, sí, soy muy reservado.

—¿Podríamos decir entonces que no tiene pareja? —Insiste mi amiga. Le miro, me mira. En el fondo yo también quiero saber la respuesta.

—Podríamos decir que no. No tengo pareja en este momento.

—Gracias, señor Dotelli. Por mi parte ya hemos acabado. No sé si mi compañera quiere hacerle alguna foto más.

—Creo que estaría bien una foto en recepción, y otra en la puerta del hotel.

—Me parece bien.

—Si no es inconveniente, yo voy al baño en lo que Sofía termina con las fotos. Ha sido un placer de nuevo, señor Dotelli. —Mi amiga le tiende la mano.

—El placer es mío. Espero que haya quedado satisfecha con la entrevista.

—Sí. Muchas gracias.

Mi amiga sale del despacho y yo recojo las cosas. Creo que él nota mi nerviosismo.

—¡Vaya! ¿Esto es el destino?

—No. Esto es una casualidad como otra cualquiera. —digo. Aunque yo tampoco creo que lo sea.

—Me dijiste que si volvíamos a encontrarnos sería cosa del destino, ¿no? Creo que hoy sí puedes darme tu teléfono.

—Sí, pero nunca dije que si nos volvíamos a encontrar te lo daría. ¿Podemos hacer las fotos?

—¿Tienes prisa? Quizás podríamos subir de nuevo... —No le dejo terminar.

—No sé a lo que estará acostumbrado usted y prefiero no saberlo, pero a pesar de lo que sucedió el otro día en este hotel, yo no suelo hacer estas cosas. A día de hoy, no sé ni por qué lo hice, pero tenga claro que no volverá a repetirse. Estoy trabajando y me gustaría terminar para poder marcharme.

—Lo siento. No pretendía ofenderla. Terminemos las fotos.

—Gracias. —Salimos del despacho, vamos a recepción, le hago unas fotos, salimos fuera y le hago otras en la puerta. —Con esto hemos acabado, señor Dotelli —digo.

—Perfecto.

—Gracias.

—Sofía, espera. No quiero que te lleves una mala impresión de mí.

—No te preocupes. No pasa nada.

—¿Volveremos a vernos?

—No lo creo.

—¿No lo crees? Entonces, ¿hay alguna posibilidad?

—No lo sé. Tengo que irme.

—¿No vas a darme tu teléfono?

—Ya te dije que no doy mi teléfono a ningún hombre. —También podría decir que no me follo a tíos en los baños de un hotel. En realidad, no me follo a nadie. Desde que mi querido novio me dejó, mi vida sexual ha pasado de ser buena a inexistente. Salgo al aparcamiento y el sargento está esperándome. A ver cómo le explicas a tu amiga este episodio de tu vida, querida.

—No me mires así, Ana, que no sabía que era él.

—Sube al coche. Tienes muchas cosas que explicarme.

Subo al coche y cojo aire. Voy a necesitar llenar los pulmones para lo que me espera.

—Empieza a contarme qué es lo que pasa, porque está claro que entre tú y ese hombre ha pasado algo, seguro. ¿Cuándo le has conocido, qué has hecho y, sobre todo, por qué no estaba yo enterada?

—Nos conocimos en la fiesta. Me invitó a una copa, pero nunca me dijo que era el director del hotel. No te conté nada porque ni siquiera sabía quién era. No eres la única sorprendida, créeme.

—Y a parte de la copa, ¿qué más? —Agacho la cabeza. Me muero de la vergüenza—. ¡Vamos, Sofía! Soy tu amiga ¿Eso es todo lo que confías en mí?

—Sí confío, pero...no sé cómo decírtelo.

—Dilo y ya está.

—Me llevó a los baños, y eche un polvo de la hostia. Eso es. Ya lo he dicho.

—¿Cómo? ¿En serio? ¿Por qué no me lo contaste?

—Porque pensé que no volvería a verle, pero está claro que me equivoqué.

—¿Es increíble! Bueno y... ¿qué tal?

—Espectacular. Lo necesitaba, no te lo voy a negar.

—¿Y cómo habéis quedado?

—No hemos quedado como nada. Una noche loca y nada más. No quiero tíos en mi vida. Ni siquiera para echar un polvo. Pasó y ya está, pero no se repetirá.

—Eres muy tonta. Yo no dejaría escapar a un hombre así ni loca. Aunque solo fuera por tenerle un rato en mi cama.

—Déjate de tonterías. Me voy a trabajar. Tú haz lo mismo. Gracias por traerme. —Le doy un beso.

La mañana en el periódico pasa rápido, pero mi mente sigue en ese hotel y en sus palabras. ¿En serio pensaba que soy una cualquiera? Pues no lo soy. Me encantó hacerlo y, aunque no quiera

reconocerlo, me muero de ganas por volver a repetir, pero es algo de lo que nadie puede enterarse.

Capítulo 3

ANA_15:00

Vas a matarme, pero no me ha quedado más remedio. Recuerda que te quiero. Besitos.

¿Qué significa este mensaje? Ana está loca.

SOFI_15:01

No sé de qué hablas. ¿De qué no te ha quedado más remedio?

Lo mando, pero al instante me doy cuenta de qué habla.

NÚMERO DESCONOCIDO_15:02

Hola. Ya que no has querido darme tu teléfono, he tenido que pedirlo, aunque ya no sea cosa del destino. Quería volver a pedirte perdón. No fue muy acertado mi comentario, pero quiero que sepas que lo que pasó el otro día fue fantástico y que me encantaría que se repitiera, pero solo si los dos estamos de acuerdo. Que tengas un buen día.

¡Cómo se puede ser tan cabrona! ¡Le ha dado mi teléfono! Traidora. Le contesto porque me parece feo no hacerlo:

SOFÍA_15:04

Ya te dije que no pasaba nada. No hace falta que me pidas más perdón. Está olvidado.

MARCOS_15:05

¿Cenamos esta noche?

SOFÍA_15:07

No puedo. Lo siento. Otro día.

Ya no contesta más, y yo lo prefiero. Me gustó mucho estar con él, pero no estoy preparada para volver a verme con un hombre. A pesar de todo, no consigo sacarme a Álvaro de la cabeza. Yo no he dejado de estar enamorada de él. Yo no puedo olvidar cinco años de un plumazo, y aunque me acueste con alguien, solo es eso: sexo. Sí, quizá sea lo que necesito ahora, pero no soy así. No quiero engañarme a mí misma. Necesito tiempo para entender por qué me ha pasado esto a mí. Cada día me acuesto pensando en si debo llamarle, si debo mandarle un mensaje y decirle que yo sí le quiero, y le echo de menos. Que si, en algún momento, su amiga tetona decide dejarle, yo estaré aquí esperándole con los brazos abiertos, porque le quiero.

Y ahora es cuando el mundo se me viene encima otra vez. Volver a casa no me ayuda. Recordar tantos momentos en estas cuatro paredes, abrir el armario y no ver su ropa, no oler su colonia, su reloj encima de la mesilla... ¡soy una estúpida!

Me tumbo en la cama, y lloro como una magdalena. Cojo mi móvil, y le pongo un mensaje a Ana:

SOFI_20:30

Te necesito. Si no vienes a salvarme, voy a acabar llamando a Álvaro y no debo. Esto es una mierda.

ANA_20:31

En quince minutos estoy en tu casa.

Y en quince minutos mi amiga está en mi casa. Como un reloj.

—Cariño, ¿estás bien?

—No, no estoy bien.

—Tranquila, tesoro, es normal. Es pronto todavía, y aunque no me creas, te entiendo. Son muchos años, y necesitas tiempo para asimilarlo. Yo estoy contigo.

—Creo que nunca lo voy a superar.

—No digas, tonterías. Claro que lo vas a superar, y vas a encontrar a alguien, estoy segura.

—No quiero encontrar a nadie. Solo quiero saber qué hice mal.

—Tú nada. Él es un gilipollas. Pero no sufras, algún día se dará cuenta de lo que ha perdido.

¿Por qué no sales con Dotelli?

—Ya te he dicho que no quiero nada con nadie.

—No te estoy diciendo que te cases. Solo que quedes con él y te distraigas, y si además de eso puedes pasar un buen rato, no lo veo mal.

—No quiero, Ana. Yo no soy así. Lo del otro día no puede volver a repetirse.

—¿Por qué? Mira, Sofía, quizá voy a ser un poco dura, pero te hace falta. Mientras que tú estás aquí llorando, él está follándose a otra porque así lo ha elegido. Olvídate de él, se ha comportado contigo como un cabrón, no te merece. Ya va siendo hora de que lo vayas asumiendo y sigas con tu vida.

No digo nada, porque no se puede alegar nada cuando tu amiga tiene razón, y, aunque en el fondo no quiera verlo, esa es la realidad.

Salimos a cenar algo por ahí y consigo distraerme.

Capítulo 4

Después de una noche difícil y una buena charla entre amigas, he decidido que tengo que coger las riendas de mi vida. No soy a la primera mujer a la que dejan, ni seré la última. No voy a dejar que esto pueda conmigo. Tengo que intentar que todo sea como antes, con la gran diferencia de que ahora mi vida no es con él.

Tener buenas amigas y que sean francas contigo, a pesar de que sus palabras puedan doler, es lo mejor que te puede pasar. Dos hostias a tiempo te salvan de una más grande en el futuro.

Hoy vuelvo al periódico, como todos los días. ¡Adoro mi trabajo! Elegir la carrera de periodista ha sido de las mejores decisiones que he tomado. Trabajo en unos de los mejores periódicos, hago lo que me gusta y tengo una vida bastante acomodada. Por suerte, cuando entro en el periódico, mis problemas se quedan en la puerta y me centro en todo lo que pasa aquí dentro. Aunque últimamente la gente me pregunta por mi maravillosa ruptura, a pesar de que ya ha pasado tiempo, parece que la gente no puede evitar la pregunta de: ¿cómo lo llevas? Parece que la gente no quiere entender que cuando estas cosas pasan, lo que menos te apetece es que te lo estén recordando constantemente.

Hoy recibo otro mensaje de Marcos, parece que no va a rendirse tan fácilmente.

MARCOS_12:00

Hola, preciosa. ¿Crees que hoy podemos cenar?

SOFÍA_12:05

Hola. Lo siento. Entre semana no suelo salir demasiado.

MARCOS_12:07

¿Eso es un sí?

SOFÍA_12:08

Eso es un quizás si me invitas otro día...

MARCOS_12:09

Entonces, te llamo el viernes. Espero que no te arrepientas.

Quizá pueda quedar a cenar con él. No hay nada de malo en ello. Lo único que hay que ordenar

bien los límites de nuestro encuentro. No pienso volver a acostarme con él. Aunque cuando le veo, no puedo pensar en otra cosa. Siempre me he guiado por mis instintos, pero quizás deba empezar a madurar en ese aspecto.

El jueves sale la revista, y mi amiga me envía una al periódico. No es porque las haya hecho yo, pero las fotos están geniales. Leo toda la entrevista y vuelvo a mirar las fotos. Es un hombre muy atractivo. No sé qué ha podido ver en mí. Estoy segura de que tiene las mujeres a pares. Decido mandarle un mensaje.

SOFÍA_10:15

Hola. No sé si lo habrás visto, pero ha salido la revista, y he de decir que las fotos son geniales. Aunque sin menospreciar a la entrevista, que es espectacular.

Obtengo respuesta casi al momento.

MARCOS_10:17

Hola. Claro que la he visto. Tu amiga me mando un ejemplar a primera hora. Las fotos son increíbles, pero es todo gracias a la fotógrafa. ¿Qué tal llevas la semana? Te acuerdas de nuestra cena, ¿verdad?

SOFÍA_10:18

Sí. La fotógrafa es muy buena. Ja, ja, ja. Mentira. Están bien, pero tú tienes casi todo el mérito de que queden tan bien. Y la cena... ¿por qué tienes tanta insistencia, si apenas nos conocemos?

MARCOS_10:19

El mérito es todo tuyo. Y mi insistencia es porque tengo ganas de saber de ti, y conocerte. ¿Hay algo malo en eso?

SOFÍA_10:20

No, supongo que no. Dime dónde quedamos.

MARCOS_10:21

Podemos ir al centro si te parece. ¿Te recojo en algún lado?

SOFÍA_10:22

¿Te parece bien que quedemos por Gran Vía, y decidimos por dónde cenamos?

MARCOS_10:23

Perfecto. ¿A las nueve?

SOFÍA_10:24

Sí. Mañana nos vemos.

Pues ya está hecho. ¿Qué hay de malo en cenar con un hombre que ya te ha quitado las bragas? Supongo que nada.

Llegó el día de nuestra cena, Y a pesar de que mi amiga se ha encargado de echarme una charla

de que tengo que acostarme con él a toda costa, no pienso hacerlo. ¿No puedo sobrevivir sin sexo? Tengo a *Juanito* en mi cajón y, por suerte, tengo unas fantásticas manitas. No necesito nada más.

Antes de las nueve estoy en Gran Vía. Le mando un mensaje:

SOFÍA_20:50

Ya estoy por aquí. ¿Dónde andas?

MARCOS_20:51

Estoy aparcando. Dame cinco minutos.

Estoy nerviosa, no puedo negarlo. Es solo una cena, pero este hombre tiene el poder de alterarme, y ya no sé qué puedo hacer para controlarlo. Por fin le veo de lejos. Lleva un abrigo largo y se le ve guapísimo. Ojalá mi mente dejara de pensar en Álvaro y me diera una tregua para ser feliz.

—Hola, preciosa ¿Llevas mucho tiempo esperando? —Se acerca y me da dos besos.

—Hola. Qué va, hace poco que he llegado.

—¿Dónde vamos?

—Sorpréndeme.

—Está bien. Vamos. —Me coge de la mano y siento un escalofrío por todo mi cuerpo.

Llegamos a un restaurante, y me sorprende cuando veo que tiene reserva. Nos llevan a la mesa y nos sentamos. Le miro para decirle algo, pero antes de que pueda hacerlo habla él:

—Sí. Tenía reserva. Sabía que me ibas a decir que te daba igual y encontrar mesa un viernes por aquí es imposible. ¿Enfadada?

—No. Sorprendida.

—Perfecto, entonces. Objetivo conseguido. Te he sorprendido. —Reímos los dos—. Cuéntame algo de tu vida, Sofia.

—Mi vida no es demasiado interesante.

—Seguro que sí. ¿Desde cuándo eres periodista?

—Hace cinco años. Llevo cuatro en el periódico, y estoy encantada. Me encanta mi trabajo. En realidad, para mí ir a trabajar es una gozada. ¿Y tú?

—Yo tengo dos hoteles aquí en Madrid, uno en Barcelona, y otro en República Dominicana, aunque ese realmente lo gestiona mi hermano, rara vez tengo que ir. Y a mí también me encanta mi trabajo.

—¿Tienes hermanos?

—Tengo hermanos. Y tengo sobrinos.

—¡Qué completo! Pero tú, ¿cuántos...

—Tengo treinta y ocho. ¿Y tú? Muchos menos seguro.

—Tampoco muchos menos. Tengo treinta.

—¿Vives sola, acompañada?

—Ahora vivo sola.

—¿Ahora? Eso es que había alguien en tu vida, ¿no?

—Para tocar ese tema, necesitas a unas copas.

—Eso está hecho.

La cena me resulta muy agradable. Hablamos de muchas cosas, me cuenta cosas de él y de su vida. Nos reímos y nos lo pasamos bien. Nunca imaginé que pudiera ser tan divertido.

—¿Crees que me aceptarías una copa?

—Puede que sí. Hoy estás de suerte. —Reímos.

—Creo que estoy de suerte desde que te conocí.

Nos vamos a un bar y nos tomamos unos cócteles, yo estoy muy animada. Hacía tiempo que no estaba tan bien con alguien. Nos sentamos en una mesa, charlamos, seguimos riéndonos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le digo.

—Por supuesto.

—¿Por qué un hombre como tú no está casado?

—¿Por qué una mujer como tú no está casada?

—Porque me faltan kilos en las tetas. —Le digo. Me mira con cara de asombrado—. Nada, tonterías. No me hagas caso. Respóndeme.

—No tengo respuesta para tu pregunta. Supongo que no estoy casado porque no le he dedicado mucho tiempo al amor. Vivo siempre muy ocupado, y mantener una relación cuando pasas tanto tiempo trabajando, no es precisamente fácil ni entendible para mucha gente.

—¿No has tenido relaciones serias?

—Claro ¿Qué piensas? ¿Que soy un mujeriego?

—Tienes pinta.

—Pues no lo soy. Yo he elegido estar así. No quiero que nadie pueda reprocharme que no le presto atención. Cuando estoy con alguien siempre doy el cien por cien, y en estos años eso no ha sido muy posible.

—Llevas razón.

—¿Y tú? ¿Qué haces soltera?

—¿Yo? No creo que quieras saberlo.

—Estoy preguntando, claro que quiero saberlo.

—Supongo que soy una cornuda, aunque nunca me lo aclaró del todo. Después de cinco años de relación, mi novio me dejó por una mujer con las tetas más grandes, eso es lo que me dijo cuando la conversación se puso difícil.

—¿Con las tetas más grandes?

—Sí. Más las explicaciones absurdas que se dicen en estos casos, que ya no estábamos enamorados, que las cosas no iban bien... Pero lo cierto es que para mí todo iba como siempre, no sé qué pudo pasar, supongo que se le atravesó otra mujer. El mercado es demasiado amplio

como para quedarte con una mujer toda la vida, ¿no?

—¿De verdad estás diciendo eso?

—Sí. Te hablo con toda la sinceridad del mundo.

—Creo que no te valoras nada.

—¿Crees que puede quedarme algún valor cuando mi novio me deja con esa explicación después de cinco años? Acabó con mi autoestima. En realidad, acabó con mi vida.

—Ese tío no merece que estés así.

—Para mí eso es consuelo de tontos.

—Lo sé, pero es la verdad. No te conozco demasiado, pero para mí eres preciosa, atractiva y tienes una personalidad espectacular. Tienes un carácter un poco difícil y eres muy testaruda, pero creo que tienes buen fondo.

—¿Te casarías conmigo? —¿He dicho eso en alto? Creo que sí. Sofía, deja de beber, por favor.

—¿Dónde hay que firmar?

—Nunca lo harías.

—No me subestimes, Sofía.

—No lo hago. Creo que nunca te casarías.

—Quizás, sí lo haría. Solo tendría que encontrar a la persona adecuada.

—Creo que deberíamos irnos.

—Vámonos. Te llevo a casa.

Cogemos los abrigos y salimos fuera.

De camino a casa ninguno habla. Yo estoy tocada, no sé si por la conversación con Marcos y revolver el pasado, o que el alcohol ha hecho su cometido. Solo tengo ganas de llegar a casa, dormir y descansar. Lo necesito.

—¿Todo bien, Sofía?

—Todo perfecto. Gracias por traerme y por la cena. Lo he pasado muy bien.

—Yo también. Gracias por aceptar mi invitación. Espero que nos volvamos a ver.

—Seguro que sí. —Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla. Me bajo del coche y subo a casa. Tiro el bolso y me tumbo en el sofá. ¡Maldita sea! Hoy me he dado cuenta de que jamás voy a poder olvidarme de Álvaro. Lloro, lloro como hace meses que no lo hacía porque su recuerdo sigue aquí, porque esta maldita casa sigue oliendo a él, porque a veces salgo de la ducha y voy a buscarle a la habitación, pero con lo único que me encuentro es con una habitación vacía. No hay nada más que eso. Recuerdos y tristeza. Le echo de menos, le necesito y, sobre todo, le quiero.

Capítulo 5

Mi fin de semana se convierte en una pesadilla. No tengo ganas de salir de casa, y lo único que hago es torturarme viendo fotos de lo que ahora ya solo son recuerdos felices. No puedo sacármelo de la cabeza, esa es la realidad. Supongo que solo la persona que ha pasado por algo así será capaz de entenderme, no es tan fácil como la gente quiere verlo.

Después de estar pensando y pensando, el sábado por la noche decido mandarle un mensaje. No soy de las que piensan las cosas dos veces, las hago y punto, aunque luego tenga que arrepentirme.

23:15_SOFÍA

Hola. Siento escribirte, pero necesito saber de ti, y que tú también sepas que la casa sin ti no es la misma, que te echo de menos, que te quiero y aunque sé que estás con otra persona, me gustaría saber si tú también me echas de menos.

Lo mando, y cuando lo hago, rompo a llorar de nuevo. Soy una imbécil, jamás volverá conmigo. Si fue capaz de dejarme de esa manera, ¿qué podría importarle yo en este momento?

El móvil se alumbra. Leo.

23:20_ÁLVARO AMOR

Lo siento, Sofía, fui un cabrón portándome así contigo. No te lo merecías, pero en todo este tiempo no he sido capaz de buscarte. Espero que algún día puedas perdonarme. Y por supuesto que te echo de menos, cada minuto del día. Yo te sigo queriendo, nena.

Su mensaje me mata... ¿Me quiere? ¿Me echa de menos? ¿Y por qué no vuelve? ¿Por qué no me ha buscado en todo este tiempo? ¿Por miedo? Necesito respuestas.

23:21_SOFÍA

Creo que me merezco una explicación. La forma en la que se acabó todo no fue la mejor. ¿Me echas de menos y me quieres? ¿Y por qué no vuelves?

23:23_ÁLVARO AMOR

Las cosas no son tan fáciles, nena. Dame un poco de tiempo. ¿Tú estás con alguien?

23:24_SOFÍA

¿Tiempo? ¿Tiempo para qué, Álvaro? Yo no estoy con nadie. No puedo olvidarme de ti. Todo en esta casa me recuerda a ti. Necesito verte.

Tengo que dejarte, nena. Prometo llamarte esta semana. Necesito escucharte.

Y así me deja, con más dudas y con más preguntas sin respuestas que antes. Necesito verle. No me importa tener que esperar para que vuelva. Necesito volver a conquistarlo. Lo necesito.

El lunes llega rápido, Y me he dado cuenta de que tengo que cambiar. Voy a conquistarlo de nuevo. Tengo que hacer que vuelva a mi lado. Sé que él me quiere, esto solo ha sido un bache que estoy segura de que vamos a pasar.

Marcos me ha llamado para vernos, pero me le he dicho que no puedo, que tengo la semana muy liada. De la que no me he podido librar ha sido de mi querida amiga Ana. Hemos quedado para comer, pero no pienso contarle nada de lo de Álvaro. Sé que ella no lo entenderá.

Durante toda la semana espero su llamada como agua de mayo, pero no llega y aunque tengo tentaciones de volver a escribirle, sé que debo esperar. Él me escribirá.

El viernes salgo de trabajar y Marcos está esperándome abajo.

—Hola, desaparecida.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—Esperándote. Te invito a cenar.

—Marcos... no puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Quiero irme a casa. Estoy cansada.

—Invéntate otra excusa mejor, porque esa no me la creo. ¿Cenamos y me lo cuentas?

—Está bien, pero una cena rápida.

—¡Venga, sube!

Charlamos, nos contamos qué tal la semana. Llegamos a un restaurante, nos sentamos y retomamos nuestra conversación de nuevo.

—Bueno, cuéntame qué te ha tenido ocupada esta semana.

—El trabajo. Ya lo sabes.

—¿Tanto como para no poderme mandar ni un mensaje?

—Sí.

—Te gusta engañarme, ¿no?

—Yo no engaño a nadie, Marcos.

—Entonces, digamos que no me cuentas toda la verdad. Venga, dímelo. ¿Has vuelto con tu ex? Puedes contármelo.

—No. Si lo hubiera hecho, no estaría aquí sentada ahora mismo.

—¡Vaya! ¿No puedes quedar con un amigo para cenar teniendo pareja?

—Marcos, tú y yo no somos amigos.

—¿Entonces qué somos?

—Buena pregunta. No lo sé. ¿Qué somos?

—¿Qué soy yo para ti?

—Una persona con la que me lo paso bien. Me gusta estar contigo.

—Yo también me lo paso bien contigo. —Me mira con una mirada pícaro y me sonrío.

—¿Qué malo eres!

—Sofía, me gustas. No puedo negarlo. Pero no sé cómo actuar contigo. Parece que lo que pasó esa noche, tú lo olvidaste en ese mismo momento.

—Marcos...yo... yo no lo he olvidado. No te puedo negar que me gustó, pero estaba débil y no sé por qué lo hice. Yo estoy enamorada de otra persona y quiero recuperarla. No hay sitio para otro hombre en mi vida. Lo siento.

—¿Vas a volver con él?

—Voy a intentarlo. Estoy enamorada. Quiero luchar por lo que quiero.

—Si esa es tu felicidad, adelante, pero creo que te equivocarás. Ese hombre te dejó por otra. ¿Podrás confiar en él de nuevo? ¿Quién te dice que no volverá a huir?

—Sé que todo tiene una explicación, y soy capaz de perdonarlo. Le necesito a mi lado.

—Espero de verdad que todo te salga bien. Pero, sinceramente, creo que te mereces algo mucho mejor.

—Yo también lo espero. Gracias.

El resto de la cena, la conversación es diferente. Creo que ninguno de los dos tenemos ganas de hablar, así que, en cuanto terminamos, nos vamos y Marcos me deja en casa.

—Gracias otra vez por la cena. Lo he pasado muy bien.

—Gracias a ti, siempre. Me encanta tu compañía. —Se acerca, me coloca el pelo detrás de la oreja y me acaricia suavemente el cuello. Yo cierro los ojos, mi corazón se acelera, me pone nerviosa y sus manos en mi cuerpo son fuego para mí. Necesito más. Me coge la barbilla y me pide que le mire, lo hago y sus ojos arden de deseo, sus labios se acercan lentamente a los míos, que lo desean tanto como él. Me besa suavemente, pero con una pasión que no podría describir. Un millón de sensaciones recorren mi cuerpo. Sus manos se paran en mis caderas y las mías se enredan en su pelo. Le acaricio y le beso con mucha más pasión. Necesito su lengua dentro de mi boca. Cuando tengo los motores ardiendo, él se aparta, y yo le miro desconcertada.

—Esto es lo que podría hacerte sentir todos los días de tu vida. Tú decides si quieres sentir esto, o volver con un gilipollas que no te merece. Descansa, preciosa. —Me coge la barbilla y me da un pico inocente. Me bajo del coche con las piernas temblorosas y sin poder articular palabra. Subo a casa y me siento en el sofá.

¿Qué me está pasando? ¿Qué me pasa con ese hombre? ¡Dios mío, yo quiero a Álvaro! Solo han pasado dos meses desde que se fue y yo estoy intentando volver con él. ¡Sofía, ¿qué es lo que quieres?!

He pasado un fin de semana de perros. Desde que Marcos me dejó en mi casa el viernes, no he podido quitármelo de la cabeza, ni a él, ni sus manos, ni sus besos. He sentido unas ganas terribles

de volverle a ver, pero estoy luchando contra ellas. Tengo la cabeza lo suficientemente liada como para enredarla un poco más. No he sabido nada de Álvaro, prometió que llamaría y no lo ha hecho. Mi vida es un descontrol. Mi cabeza y mi cuerpo piensan cosas distintas a las que piensa mi corazón, pero a estas alturas de la historia, no sé a quién debo hacer caso. ¡Sofía estás metida en un buen lío!

Por suerte, es lunes, y mi trabajo ocupa todos mis pensamientos. Hasta que mi móvil se alumbró de nuevo. Lo cojo enseguida pensando que será Marcos, pero no, me sorprende al ver quién me escribe.

ÁLVARO AMOR_11:15

Hola, nena. Siento no haberte escrito como te prometí. He estado muy liado. Me encantaría verte. ¿Crees que tienes tiempo para un café?

¡Fenomenal! Toda la semana esperando su mensaje y llega ahora, justo cuando tengo mi cabeza hecha un lío. Me decido a escribirle, quizás lo mejor sea verle para aclararme las ideas. Viéndole, sabré qué es lo que tengo que hacer.

SOFÍA_11:17

Hola. Hoy salgo a las seis. Podríamos tomar un café al lado del trabajo. ¿Te parece bien?

ÁLVARO AMOR_11.18

Estupendo. A las seis te veo. Tengo muchas ganas.

Yo también las tengo. Hace dos meses que espero este encuentro. Necesito verle y saber si todo sigue como antes.

Paso la mañana muy nerviosa, esperando que lleguen las seis. Y, por fin, llegan. Cuando bajo por el ascensor, mis piernas tiemblan. Cruzo la puerta y ahí está, con su cigarro en la mano, y su chaqueta de cuero, esperándome. Esperándome a mí, después de tanto tiempo.

Me acerco a él y sus ojos se iluminan. No me da tiempo a decir nada, cuando me coge entre sus brazos y me abraza con una fuerza arrebatadora, apenas puedo respirar.

—No te imaginas todo lo que te he echado de menos —me dice.

—Álvaro, me estás ahogando. —Me suelta de inmediato.

—Lo siento. Tenía tantas ganas de abrazarte...

—Podrías haberlo hecho, pero parece que no has querido.

—Tenemos que hablar, Sofía. Te debo demasiadas explicaciones. Podríamos ir a casa y hablamos tranquilamente. —¿A casa? ¿Volver a tenerle allí será lo más adecuado? Luego se irá y volverá a quedarse su olor en esas cuatro paredes.

—No sé si es buena idea, Álvaro.

—Sigue siendo nuestra casa, Sofía. Hemos vivido muchas cosas dentro de ella.

—Sí. Algunas un poco desagradables.

—Lo sé. Todo tiene su explicación y te la daré. Te lo prometo.

—Está bien. Vamos. —Cojo mi coche y él me sigue con el suyo. Mientras que conduzco, no puedo dejar de pensar en si todo esto lo tenía planeado. Solo espero que sus explicaciones sean convincentes. Por fin llegamos a casa. Nuestra casa. La que él decidió abandonar sin mucha explicación.

—¿Quieres tomar algo? —pregunto.

—Una cerveza estará bien.

Voy a la cocina y traigo un par de cervezas. Él ya está sentado en el sofá y yo no puedo dejar de mirarlo. No puedo creer que esté aquí de nuevo.

—Todo está como siempre.

—Sí. Nada ha cambiado, excepto que te fuiste.

—Me arrepiento cada minuto del día, Sofía.

—¿Por qué no me has llamado? ¿Por qué no te has preocupado en saber cómo estoy después de cómo me dejaste?

—Soy un cabrón y me merezco cada uno de tus reproches.

—Y yo me merezco cada una de tus explicaciones. Soy toda oídos.

—Empezaré por el principio. Hace unos meses, cuando me mandaron de viaje a Barcelona, conocí a Carolina. Ella trabajaba para la sede de allí, y tuvimos que trabajar juntos para que el proyecto en la feria saliera como los jefes esperaban. Yo nunca había tenido ojos para otra mujer que no fueras tú en esos cinco años, pero no sé qué me paso con esa mujer. Supongo que sentirme deseado por otra mujer podía conmigo. Una noche cenamos, tomamos una copa, y una cosa llevo a la otra. Era una chica muy atractiva y no pude contenerme. Me acosté con ella, Sofía. Una noche de sexo que no hizo nada más que complicar las cosas. A la mañana siguiente, le expliqué la situación, y a ella no le gustó. Me aseguró que no se daría por vencida. Cuando volví a casa, me sentí la peor mierda del mundo, por un calentón podría perder toda mi vida. No sabía si contártelo, sabía que jamás me perdonarías.

Los días pasaban, y yo trataba de estar bien contigo, pero por dentro me estaba consumiendo. Un día, cuando salí del trabajo, Carolina me estaba esperando. Había venido desde Barcelona y no estaba dispuesta a perder el tiempo. Quedé con ella de nuevo y volví a caer. Ella me dijo que le gustaba, que quería tener algo conmigo, que no la importaba esperar el tiempo que fuera necesario pero que no iba a apartarse de mí. Después de unos días en Madrid, ella volvió a Barcelona, pero seguía llamándome, me mandaba mensajes, incluso cuando estaba contigo, y yo empezaba a estar nervioso. Era un puto novio infiel que no era capaz de contárselo a su chica y que encima seguía engañándola. No volví a verla hasta que a las pocas semanas me llamó y me dijo que, si no daba un paso más, ella misma se presentaría en casa y hablaría contigo. Tú llevabas insostenible unos días, porque habías vuelto a discutir con tu madre, y yo sentí que tenía que huir. Tenía que marcharme de esa casa. No era justo vivir contigo, cuando ni siquiera sabía lo que estaba haciendo, sabía que te quería, pero no sabía por qué era capaz de engañarte, así que, en esa misma semana decidí irme. No sabía qué decirte, y fui lo más sutil que pude hasta que

empezaste con tus reproches, yo me enfurecí y fui a herirte... por eso te dije esa frase. En realidad, fue una frase muy desafortunada. Solo era un cuerpo, nena, nada más, fue sexo y ya está, tú me llenas por completo, te quiero. Jamás he dejado de hacerlo. Solo tenía miedo. Fui un imbécil. Sé que no tengo perdón, pero me gustaría que volviéramos a intentarlo.

—Vaya... no esperaba tanta sinceridad por tu parte. Tampoco creía que me hubieras engañado tantas veces. ¿Y ahora qué? ¿Ya no estás con ella?

—Nunca he estado con ella. Tuve miedo de que te lo contara, y por eso me fui. No te voy a engañar, desde que no hemos estado juntos he seguido viéndola. La semana pasada me volvieron a llamar para ir a Barcelona, pero se acabó. Entre ella y yo no hay nada más. Yo no estoy enamorado de ella. Ni pienso en tener una relación más allá de una cama.

—¿Y qué es lo que pretendes exactamente, Álvaro? ¿Que te perdone? ¿Que confié en ti sabiendo lo que has hecho? ¿Quién me dice a mí que cuando te vuelvan a mandar a Barcelona no volverás a estar con ella?

—Eso no volverá a pasar. Te lo prometo. Si hace falta no viajaré más. Lo diré en la empresa. No quiero que sientas miedo por eso.

—Da igual que viajes o no, de si es ella u otra. Podrías volver a hacerlo y no enterarme.

—No volvería a hacerlo.

—¿Por qué tendría que creerte?

—No tienes que hacerlo. Sé que entre tú y yo no existe confianza. Yo me encargué de destrozarla.

—Lo hiciste, y no solo eso, acabaste con mi vida. Estos meses para mí han sido horribles.

—Perdóname.

—Dame una sola razón para hacerlo.

—Te quiero. —Y en ese momento eso me sirvió. Me acarició la cara y me besó con tanta dulzura que no pude resistirme. Le quería, seguía enamorada de él, esa era la única verdad. Por más que me hubiera engañado, yo era una tonta enamorada que le necesitaba y que, supongo, sería capaz de olvidar y darle otra oportunidad.

Capítulo 6

Igual que vino se fue. A pesar de sus *te quiero*, sus abrazos... algo fallaba. Se había ido. Me dijo que no quería precipitar las cosas, que quería ir despacio, pero mi desconfianza estaba ahí. Después de todo, no era tan fácil confiar en alguien que había estado engañándote meses.

La semana pasó rápido, yo estaba algo más animada, Álvaro se quedaba más de una noche a dormir y yo con eso era feliz. El viernes habíamos quedado para salir a cenar e ir al cine. Cuando salí de trabajar estaba esperándome abajo, pero no era el único.

Marcos también me esperaba. No sabía dónde meterme, ni qué explicación tenía que dar. Álvaro se acercó a mí y me besó. Miré a Marcos, se dio la vuelta y comenzó a andar.

—Perdóname un minuto. Ahora mismo vengo —le dije a Álvaro—. ¡Marcos, Marcos! ¡Espera!
—Se paró y me miro con sus terribles ojos miel.

—Lo siento. No quería molestar. Pensé que estarías sola.

—La que lo siente soy yo, Marcos. Debería habértelo contado.

—No te preocupes. Me alegro de que estés bien.

—Yo...

—No te preocupes. No tienes que decir nada, de verdad. Todo está bien.

—Tengo que irme. Te escribiré, ¿vale?

No me contestó. Se fue sin más. Sabía que le había herido. Seguro que había venido a invitarme a cenar, como otros viernes había hecho. Me sentía la peor persona del mundo. Él se había comportado tan bien conmigo, y desde nuestro beso en el coche no habíamos vuelto a hablar. Supongo que nunca se imaginó que podría haber vuelto con Álvaro.

—¿Quién era ese? —pregunta Álvaro.

—Un amigo.

—Parecía un poco molesto.

—Quizá tenga algún motivo.

—¿Has tenido algo con él?

—Solo somos buenos amigos. Venga, vámonos.

Contarle a Álvaro que sí, que había tenido algo con él y en las circunstancias en las que había sucedido, no creo que fuera lo más adecuado en este momento. Así que preferí callar.

El tiempo pasaba rápido. Habían pasado dos semanas desde que Álvaro y yo habíamos

arreglado las cosas, pero entre nosotros había todavía demasiados enigmas. Él seguía huyendo de casa y yo no entendía por qué lo hacía. ¿Me estaría engañando de nuevo?

No sé si estaba paranoica o no, pero lo cierto es que cuando alguien te falla, por mucho que lo quieras, creo que no eres capaz de volver a vivir como antes.

Hace tan solo unas semanas, habría dado todo por estar con él, estaba dispuesta a olvidarlo todo, pero desde que estoy con él, tengo la extraña sensación de que algo va mal, de que las cosas entre nosotros ya no funcionan. ¿Qué me está pasando? ¿Ya no estoy enamorada? ¿Enterarme de la verdad ha acabado con todo lo que teníamos? Tengo demasiadas preguntas sin respuesta. Esta no es la vida que yo había imaginado. No puedo vivir desconfiando de alguien siempre. Esto tiene que acabar.

Y no sé por qué, pero la primera persona que se me viene a la cabeza es Marcos. Decido ponerle un mensaje:

SOFÍA_12:15

Hola. ¿Cómo estás? Sé que no tengo ningún derecho a escribirte, pero me gustaría hablar contigo. Creo que eres mi única salida.

Lo mando y espero respuesta. Que, para mi sorpresa, no tarda demasiado.

MARCOS_12:17

Te recojo después del trabajo.

Y así es. Cuando salgo de trabajar ahí está esperándome, tan atractivo como siempre. Y yo tan débil. No sé muy bien qué es lo que me atrae tanto de él, pero no puedo controlarlo. No he podido olvidar el día del beso en el coche y sus palabras. Por fin me acerco a él.

—Hola. Gracias por venir —le digo.

—Hola. No tienes que dárme las. ¡Venga, sube! Vamos a tomar algo.

Me subo en el coche y me siento nerviosa. El trayecto, por suerte, no es muy largo y enseguida llegamos al bar.

—¿Cómo te van las cosas? —me pregunta.

—¿Quieres la verdad?

—Claro.

—Mal. Nada va como yo esperaba. Mi cabeza está hecha un lío. Creo que me he vuelto una paranoica. ¿Crees que se puede confiar en alguien que te ha engañado?

—Pues... no lo sé, Sofía. Supongo que, si quieres mucho a esa persona, es posible que lo consigas, pero creo que eso va en cada uno. Si no lo tienes claro y no puedes olvidarlo, creo que la relación nunca irá bien. Es mi opinión.

—No sé qué hacer. Todo es tan difícil. Hace unas semanas estaba convencida de que sería capaz de perdonarle, pero ahora me he dado cuenta de que no lo soy. Él tampoco ayuda mucho con la situación. Se va por las noches, dice que quiere ir despacio y yo... yo no me creo nada. No

sería capaz de volver a soportar otro engaño.

—¿Tienes alguna prueba de que lo esté haciendo otra vez?

—No, solo conjeturas, pero la forma que tiene de irse y la historia que me contó para justificar la situación, no terminan de convencerme demasiado. Aunque creo que ese no es el único problema que hay.

—¿Y cuál es?

—Que mis sentimientos han cambiado. Que me he empeñado tanto en volver con él... Me veía sola después de tantos años, y no me creía capaz de seguir adelante, pero ahora no soy feliz con lo que tengo.

—Si no eres feliz, Sofía, es que las cosas entre vosotros ya han acabado y no puedes forzar nada.

—Lo sé, pero no tengo ni idea de cómo abordar esta situación.

—Sé sincera con él. No puedes estar con alguien solo porque habéis pasado cinco años juntos. Es posible que antes las cosas fueran bien, pero ahora han cambiado.

—Tienes toda la razón. Gracias por la charla. Necesitaba hablar con alguien, y tú... bueno, tú eres un buen amigo.

—Gracias por lo de *amigo*. Y me alegro de haberte ayudado. Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras. Puedes llamarme cuando lo necesites.

—Gracias. ¿Nos vamos? Mañana tengo que madrugar y mi cuerpo necesita descansar.

—Sí, vámonos.

Volvemos al coche, y en el camino no he sido capaz de decirle todo lo que necesito. No soy tan valiente, pero sé que tengo que hacerlo.

—Ya hemos llegado. Recuerda, llámame cuando quieras.

—Gracias, Marcos. Yo...

—¿Sí?

—Me gustaría pedirte perdón, no fui sincera contigo. Tenía que haberte contado las cosas, pero no sabía cómo hacerlo.

—Yo tampoco debí darte a elegir. No fue justo por mi parte.

—Claramente me equivoqué de elección. —Me acerco a él y le beso. Deseaba besarle desde aquel día que fue a buscarme al trabajo, pero sin saber por qué, él termina apartándose.

—Lo siento, Sofía. Creo que estás demasiado liada como para que yo lo haga más.

—Perdóname. Me he dejado llevar. Deseaba hacerlo desde hace días, pero lo siento. Gracias por todo, Marcos, y perdóname. —Me bajo corriendo del coche y me voy a casa. Por suerte, hoy estoy sola. Abro el grifo y me meto en la bañera. Hoy más que nunca necesito relajarme.

Capítulo 7

A veces nos empeñamos en buscar tanto la felicidad que, cuando la tenemos delante, no somos capaces de verla, y ahí está, esperando a que decidamos abrir los ojos, pero, en ocasiones, estamos tan ciegos que buscamos la felicidad donde ella ya no está.

Yo he decidido no buscarla y, sobre todo, no forzarla. He decidido que mi vida tiene que cambiar. Que no se debe vivir del pasado, que si algo se acaba, es porque nos está esperando algo mejor más adelante. Solo hay que esperar.

Después de unos días de reflexión y pensando en cómo decir las cosas, he decidido hablar con Álvaro. Hemos quedado después del trabajo, y creo que no se espera lo que le voy a decir.

Pronto llegan las ocho. Y bajo para encontrarme con él. Me siento decidida. Creo que es la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo.

—Hola, cariño. ¿Qué tal el día?

—Hola. Bien. Mucho trabajo como siempre. ¿Y tú?

—Bien. Algo cansado. ¿Dónde vamos?

—¿Te parece si vamos a casa?

—Perfecto.

En el coche nos contamos cosas del día, reímos y me doy cuenta de que en realidad más que una pareja lo que somos es solo unos buenos amigos. No sé en qué momento se acabó el amor, pero lo que sí sé es que en este momento no queda nada. Subimos a casa.

—¿Una cerveza? —le pregunto.

—Sí. Bueno, dime qué pasa, ¿de qué quieres hablar?

—De nosotros.

—¿De nosotros? ¿Pasa algo?

—Sí, sí pasa. Las cosas entre nosotros ya no funcionan, Álvaro. Ya nada es como antes y dudo mucho que vuelvan a serlo.

—¿A qué viene esto ahora?

—Te he perdonado, Álvaro, pero no soy capaz de olvidarlo. Supongo que enterarme de la verdad ha enfriado todo. Te quiero, pero para nosotros el amor se ha acabado; para ti, el día que decidiste irte detrás de otra; y para mí, supongo que el día que decidiste contármelo. No puedo vivir con una persona en la que no confío. No puedo estar siempre pendiente de dónde estarás y

con la desconfianza de si me volverás a engañar. Nuestro tiempo acabó, y creo que entre nosotros solo puede quedar una amistad.

—¿Has dejado de quererme?

—Te quiero, mucho, pero no de la forma en que lo hacía antes.

—¿Hay otra persona?

—Hay alguien en mis pensamientos, no puedo negártelo, pero no es la única razón por la que esto se ha acabado.

—¿Te has acostado con él?

—¿De verdad que solo te importa eso?

—Respóndeme.

—No tengo por qué hacerlo, pero te diré que estando contigo no lo he hecho.

—¡Perfecto! ¿Entonces desde cuándo le conoces?

—Deja tus celos tontos. No he sido ya la que ha jodido nuestra relación. Todo podría ser perfecto si tú no lo hubieras estropeado todo.

—¿Cuánto tiempo me lo vas a echar en cara? ¿Crees que para mí ha sido fácil?

—¿No? Tener dos tías para ti ha sido muy difícil, ¿verdad?

—No soporto cuando te pones así.

—Yo tampoco soporto cuando intentas excusarte echándome las culpas a mí. Dime qué es lo que he hecho mal. ¿Quererte? ¿Confiar en ti siempre?

—Mucho no me querías cuando has sido capaz de acostarte con otro.

—Quizás deberías aplicarte esa frase para ti mismo, ¿no crees?

—Pensaba que me querías.

—Y lo he hecho. Siempre. Pero las cosas han cambiado. No quiero seguir contigo, Álvaro.

—No sabes lo que estás haciendo. No sabes vivir sin mí.

—Creo que estos meses lo he hecho, y tampoco se me ha dado tan mal. No eres imprescindible.

—Te arrepentirás.

—No lo sé. Ya lo averiguaré. Ahora vete de mi casa.

—Creo que deberíamos hablar de ese tema. Esta casa es tan tuya como mía.

—Sí. También lo era cuando te fuiste sin darme más explicación, pero tranquilo, lo pondré en manos de mi abogado y tendrás noticias mías.

—¿De abogados? ¿De verdad vamos a acabar así? ¿En manos de abogados?

—Creo que es lo mejor. Es la única manera de no hacernos tanto daño.

—Lo siento, Sofía.

—Yo también. Todo estaba bien, o yo pensaba que lo estaba. Te llamaré cuando sepa algo de la casa. Cuidate. —Me dirijo a la puerta y le invito a salir. Creo que ya nos hemos herido bastante.

—Cuidate. Espero que esa persona sepa valorarte como te mereces.

—Adiós, Álvaro.

Y así termina todo. Una relación de años. Una mentira, una infidelidad y años de recuerdos, una

vida. Una vida que termina porque así lo he decidido. A veces es preferible pasarlo mal un tiempo y no vivir toda la vida con un dolor que eres incapaz de olvidar. Admiro a la gente que perdona una infidelidad, pero yo... yo no puedo.

Días más tarde, decido llamar a Marcos. Necesito hablar con él. Acepta sin problemas. Empezamos una conversación que teníamos pendiente:

—Siento no haberte llamado antes. No quiero que pienses que soy una interesada que solo te llama cuando le interesa. Lo mío con Álvaro ha terminado definitivamente. Solo quería que lo supieras.

—Jamás pensaría que eres una interesada, Sofía. ¿Y cómo estás?

—Muy bien. Los primeros días con un poco de nostalgia, pero ahora creo que he hecho lo correcto. Cuando las cosas se acaban no hay que seguir fingiendo.

—Creo que tienes toda la razón. ¿Y por qué tomaste esa decisión?

—He dejado de quererle, y supongo que alguien me hizo darme cuenta.

—¿Quién?

—Tú, Marcos. Me gustas. Desde que pasó eso en el hotel, no he dejado de pensar en ti. He intentado olvidarlo, y hacer que no me importó nada, pero esa no es la realidad. Por eso te besé ese día en el coche. Ojalá el día que me diste a elegir, no hubiera sido una cobarde y hubiera elegido irme contigo.

—Siento haberte hecho elegir. No fue muy caballeroso por mi parte.

—Me hiciste recapacitar. ¿Sigues pensando lo mismo?

—Sigo loco por ti, Sofía. Desde el día en que te conocí no he podido separarme de ti. Saber que dormías y hacías el amor con él, me mataba por dentro. No sé cómo he sido capaz de resistir y no plantarme en tu casa para llevarte conmigo.

—Ojalá lo hubieras hecho. —Me coge la mano y me besa. Un beso que deseábamos los dos. Nos gustamos. Es difícil encontrarte con una persona con la que conectes desde el primer momento, pero eso es lo que me pasó con él.

—¿Vamos a tu casa? —me pregunta.

—No. No quiero que ningún recuerdo contigo empiece aquí. Llévame donde quieras, donde empecemos tú y yo de cero.

—Hecho, nena.

Me lleva al hotel donde nos conocimos. Entramos y saluda a la recepcionista. Subimos por los ascensores y me dice:

—Creo que empezar de cero en el lugar donde nos conocimos puede ser un buen recuerdo, ¿no?

—Sí. ¿Vas a llevarme otra vez a los baños? —Me río.

—No. Esta vez pienso hacer las cosas bien. —Me coge del brazo y salimos del ascensor. Abre la puerta de una habitación, y me quedo impactada. Tiene vistas de todo Madrid, la cama es enorme y dentro de la habitación hay un jacuzzi.

—¿Crees que esto será un buen recuerdo?

—Creo que será un recuerdo fantástico. —Me acerco a él y le beso como si fuera la última vez que fuera a hacerlo.

Me acaricia con tanta suavidad que parece que fuera a romperme. Sus labios se unen a los míos, muerde mi labio inferior con tanto deseo que creo que voy a correrme antes de que pueda tocarme más. Me desabrocha los botones de la camisa y la deja caer al suelo, sigue con mi sujetador, y saca los tirantes con suavidad de mis brazos. Acaricia mis pechos y juguetea con uno de ellos en su boca. Adoro que lo haga, me llena de placer. Yo desabrocho su camisa salvajemente. Necesito tenerlo desnudo ya. No aguanto las ganas de tocarle y hacerle mío. Desabrocho su cinturón y bajo sus pantalones. Su miembro está erecto, a punto de salirse de su bóxer, y eso me pone más cachonda todavía. Le acaricio, y bajo hacia su pene. Le miro esperando una respuesta a una pregunta que no he hecho.

—Estoy limpio, nena. Te lo prometo.

Metó su miembro en mi boca, le recorro con mi lengua de arriba abajo. Su pene se apodera de mi boca por minutos y yo estoy completamente mojada.

—Ven, nena. Tengo algo mejor para ti. —Me tumba en la cama y me besa de arriba abajo. Mete sus dedos en mí, y yo me encojo de placer.

Cuando ya no aguanta más, se pone un condón y me penetra. Con un par de embestidas yo vuelvo a correrme. Me engancho a su cuello, y cuando comienzo a moverme más deprisa, sé que él no aguanta más. Sus ojos me lo dicen, brillan de placer y sé que está a punto de correrse. Caen encima de mí, exhausto.

—Ha sido fantástico, nena.

—Sí, lo ha sido. Ha sido perfecto. Mucho mejor que la primera vez.

—¿Alguna queja con la primera vez, señorita?

—Ninguna. Supongo que el sitio nada más.

—A mí me pareció perfecto.

—¿Perfecto clavándonos el grifo?

—¿Alguna objeción con el mobiliario del hotel?

—Sí. Creo que tendré una charla con el director.

—Quizá te atienda.

—Seguro que sí. —Reímos.

Nos metemos en la ducha y cuando salimos nos metemos en la cama, nos abrazamos y pregunto:

—¿Y ahora qué?

—Ahora empieza nuestra historia, nena. —Me acurruca entre sus brazos y yo sonrío. Suenan tan bien esas palabras...

Capítulo 8

Han pasado casi dos meses desde que Marcos y yo empezamos lo nuestro. Aunque él siempre habla de mí como su novia, a mí todavía me da miedo esa palabra. Es pronto, pero tengo que reconocer que las cosas con él van estupendamente. Es todo un romántico, es detallista, es... perfecto, sin más.

Yo paso más tiempo en su casa que en la mía. Desde el momento en que empezamos, decidimos que mi casa no sería nuestro rinconcito. Esa casa ha sido de Álvaro y mía durante mucho tiempo, y no quiero guardar recuerdos con él ahí. Por cierto, la casa está en venta, ese es el acuerdo al que hemos llegado los dos. Cuando se venda, cada uno se llevará su parte.

No hemos vuelto a vernos, yo me estoy encargando de todo, y tenemos un trato cordial, aunque solo hablamos por teléfono. Así están mejor las cosas.

No ha pasado mucho tiempo, pero me he dado cuenta de que estoy enamorada de Marcos. Si al principio solo hizo que me gustara, ahora se ha hecho imprescindible para mí. Le adoro, y tengo muchos planes de futuro con él, pero a largo plazo, queremos ir despacio. Mis amigas están encantadas con él, y con razón, las brujas babean por él en cuanto me despisto. Todo perfecto hasta que... en el trabajo, me da un mareo que caigo al suelo. Por suerte, en el periódico tenemos médico.

—¿Estás mejor, Sofía?

—Sí. Un poco aturdida, pero se me pasará.

—¿Estás descansando bien últimamente? —Me dan ganas de decirle que todo lo que me deja mi novio, que es una máquina sexual, pero me callo mi respuesta.

—Sí, todo como siempre.

—¿Estás teniendo tus periodos más abundantes? —¿Mis periodos? ¡Mierda! ¿Cuánto hace que no tengo mi periodo? Lo cierto es que no me acuerdo, soy bastante irregular. Hay meses que me baja dos veces, otros en los que tarda dos meses en venir... ¿Por qué no seré como las mujeres normales que apuntan la fecha de su último periodo?

—Sofía... —me dice el doctor.

—Lo cierto es que soy bastante irregular. A veces, tarda en bajar dos meses o me baja dos veces en un mismo mes.

—¿Hablaste con tu médico de cabecera para que te derivara al ginecólogo para controlar los

desajustes?

—Sí. Lo hablamos, pero lo de tomar la pastilla anticonceptiva no me pareció una buena opción.

—Creo que deberías hacerte una prueba de embarazo.

—¿Una prueba de embarazo?

—Sí, si eres irregular es posible que estés embarazada. Deberías pedir cita con tu médico.

—Lo haré, pero le pido máxima discreción.

—Por supuesto, Sofía. Toma, entrégale este papel a tu jefe. Creo que lo mejor es que te vayas a casa a descansar.

—Gracias, doctor.

Salgo, voy a mi mesa, recojo todo y le llevo el parte a mi jefe. Me dice que me recupere.

Salgo a la calle y el aire me sienta genial. Cojo el coche y aparco cerca de casa, voy andando y busco una farmacia. Necesito hacerme la prueba hoy mismo.

—Hola.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarte?

—Necesito... una...

—Tranquila, mujer, dime qué es lo que necesitas.

¡Maldita sea! Parezco una niña de quince años pidiendo su primera prueba de embarazo.

—Necesito una prueba... una prueba de embarazo.

—¿Y cómo la querías? —¿Pero qué pregunta es esa?! ¿Una que me diga si estoy embarazada o no? Ante mi cara, la farmacéutica me lo explica—: Me refiero a que si quieres que te diga de cuántas semanas puedes estar embarazada o prefieres una normal.

—De la primera. Gracias. —Me la da, le doy el dinero y salgo de la farmacia. Ando más deprisa que de costumbre, necesito llegar a casa. Estos nervios me están matando.

Subo y tiro las cosas en el sofá. Abro la caja y leo las instrucciones. Me meto en el baño. ¡Estupendo! ¡No tengo ganas de hacer pis! Voy a la nevera y cojo agua... pone que lo más fiable es hacerla por la mañana, pero imagino que, si lo estoy, será capaz de detectarlo. No pienso esperar hasta mañana para saberlo.

Entro en el baño y hago lo que pone. Cuando termino, lo dejo en el lavabo, pone que hay que esperar cinco minutos. Los cinco minutos más largos de mi vida.

Me atrevo y por fin lo leo:

¡¡EMBARAZADA DE NUEVE SEMANAS!!

No es posible. Me siento en el suelo. ¿Cómo es posible? Si Marcos y yo siempre utilizamos protección. ¿Será verdad eso de que antes de llover chispea? Un momento... nueve semanas son más de dos meses... hace dos meses yo estaba con... Álvaro. ¡Estoy embarazada de Álvaro! ¡Voy a tener un hijo de Álvaro! Mi mundo se acaba de romper en pedazos.

Capítulo 9

No podría decir ni cómo me siento. Supongo que estar embarazada de alguien del que estás enamorada, debe ser maravilloso, pero no es mi caso. Si tuviera el poder de pagarle al diablo con mi propia alma para no volver a ver Álvaro, desde luego lo haría.

Que cierto es que cuando las cosas parecen ir bien, algo está esperando para que todo se tuerza. No sé qué voy a hacer con mi vida. ¿Cómo voy a decírselo a Marcos? Seguramente me dejaría, y yo me echaría en brazos de ese imbécil para que mi hijo no creciera sin un padre. Necesito contárselo a alguien, pero no estoy preparada para reproches ni para charlas. Realmente lo que una necesita en estos momentos es un gran apoyo.

Decido irme a pasear. El aire fresco me irá bien.

Cuando me doy cuenta, llevo más de una hora andando, miro el móvil y tengo seis llamadas perdidas de Marcos, y como quince wasaps. ¡Estará preocupado! Le llamo corriendo.

—¡Nena, por fin! Me tenías preocupado. ¿Dónde estás? ¿Te ha pasado algo? —Respiro hondo. Estoy a punto de derrumbarme, pero no puedo. No debo—. Nena, ¿qué pasa? Contéstame por favor.

—Lo siento, se me fue el tiempo. No me di cuenta del móvil, perdóname.

—¿Dónde estás? Llamé a la oficina y me dijeron que te habías marchado porque no te encontrabas bien. Dime dónde estás. Voy a buscarte.

—Me encontraba un poco mal, solo eso, pero estoy mejor. Prefiero llamarte mañana, Marcos. No te enfades, por favor.

—Está bien, nena, pero, por favor, llámame cuando llegues a casa. Necesito saber que estás bien.

—Lo haré, te lo prometo. —Cuelgo. He estado a punto de decirle la verdad, pero no puedo. No todavía. No hasta que mi cabeza no esté fría. Ni siquiera sé qué voy a decirle. Esto no es justo. Empezaba a ser feliz de nuevo, y esta vida se empeña en poner piedras para que no lo consiga.

Cuando llego a casa llamo a Ana:

—Hola, nena. ¿Cómo estás? ¿Cómo que me llamas a estas horas? ¿Ha pasado algo?

—Hola. Lo cierto es que sí. Necesito hablar contigo. Necesito consejo.

—¿Qué pasa? Me estás preocupando.

—No puedo contártelo por teléfono. ¿Podemos vernos mañana? ¿Te importa venir a casa?

—Vale. ¿No trabajas?

—Mañana te cuento. Coge fuerzas, amiga.

—Vas a hacer que no coja el sueño esta noche. ¡Te voy a matar!

—Lo siento. Mañana lo entenderás. Gracias, amiga.

—Sea lo que sea, no te preocupes. Juntas lo solucionaremos, nena.

—Gracias, pequeña.

Cuando cuelgo, decido ponerle un mensaje a Marcos. No soy capaz de llamarle, si lo hago no voy a poder callármelo. Con él soy demasiado transparente.

SOFÍA_23:30

Hola. Siento no haberte llamado, pero no tengo ganas de hablar por teléfono. Tengo un mal día. No te preocupes, ¿vale? Te echo de menos.

MARCOS_23:32

Me tienes desconcertado, nena. ¿Qué ocurre? Sé que pasa algo. Dime, ¿van mal las cosas entre nosotros? No sé. ¿Estás agobiada? ¿Quieres dejarlo?

SOFÍA_23:34

No, de verdad, nada de eso. Te prometo que voy a hablar contigo. Deja que mi cabeza vuelva a su sitio, y te prometo que hablaremos. Nada tiene que ver con eso. Quizás, después de todo, decidas dejarme tú.

MARCOS_23:35

Pero ¿qué estás diciendo, nena? ¿Por qué voy a dejarte? ¿Es Álvaro otra vez?

SOFÍA_23:37

Perdóname. Te prometo que voy a contarte todo. Déjame solo encontrar la manera. Te quiero, eso no lo dudes. Mañana hablamos. Quiero descansar.

MARCOS_23:38

Está bien, nena. Yo también te quiero. Supongo que lo sabes. Estoy aquí para lo que necesites. Espero que eso tampoco lo olvides. Descansa.

Y así acaba la noche. Dando vueltas a la cabeza, tratando de buscar la solución a esto. Tratando de buscar una forma, para poder contárselo a Marcos.

No pego ojo en toda la noche, y cuando me levanto, voy al médico. Le cuento todo, me manda directamente al ginecólogo, y me da la baja para un par de días, hasta que me encuentre mejor con los mareos. Por lo visto, van a estar conmigo bastante tiempo.

La mañana pasa deprisa así que, pronto estoy de frente a mi amiga en mi casa.

—Hola, nena. Perdona por llegar tarde. Es imposible aparcar aquí.

—No te preocupes. Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—Pues... ¿crees que necesito un copazo?

—¿La verdad? Sí. Creo que lo vas a necesitar.

—Pues sírvemelo, entonces. Por lo que veo, la charla promete.

—No sé por dónde empezar, y tampoco sé cómo contártelo.

—No es tan difícil, por el principio.

—Tengo un problema. Bueno..., yo... yo...

—Arranca, nena, por favor.

—Yo... estoy embarazada.

—¿Cómo? ¿Embarazada? ¿Tan pronto?

—Sí, embarazada, pero...

—Perdona, nena. No quería decir eso. Me alegro mucho por vosotros. Creo que vais a ser unos padres estupendos. ¡Enhorabuena!

—Ana, por favor, ¿puedes escucharme?

—Sí, perdona.

—Estoy embarazada, pero no es de Marcos.

—¿Cómo que no es de Marcos? ¿Entonces? ¿Con quién has estado? ¿Le has engañado?

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? Sabes que jamás haría eso. El hijo es de Álvaro. Cuando volvimos, no tomamos precauciones, y yo soy muy irregular. Jamás imaginé que pudiera ocurrir algo así.

—¿De Álvaro? ¡No me lo puedo creer! ¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a tenerlo?

—¡Estás loca! ¡Claro que voy a tenerlo! Es mi hijo.

—No sé, a lo mejor hay otras opciones.

—¿Abortar? No voy a hacer eso. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. Voy a tenerlo. No sé cómo lo haré, pero voy a tenerlo.

—¿Y Marcos? ¿Qué dice de todo esto?

—¿Marcos? Marcos no sabe nada de esto. Yo me enteré ayer, y no sé cómo explicárselo. Tengo miedo. No quiero que me deje, pero también entiendo que es mi hijo. Él no tiene por qué cargar con algo que no le pertenece. Sería muy injusto por mi parte.

—Y con el padre de la criatura, ¿qué piensas hacer?

—Nada. No voy a hacer nada. No tiene por qué enterarse.

—¿No vas a decirle nada? Tiene derecho a saberlo, Sofía. No es justo que esa criatura crezca sin saber quién es su padre.

—¿Su padre? Un cabrón que me engañó, y encima varias veces. ¿De verdad quieres que mi hijo sepa quién es su padre?

—No sé. Creo que por lo menos debe saberlo. Seguro que no quiere niños, y te dice que te olvides de que le reconozca. Creo que Marcos sería un buen padre.

—Yo también lo creo, pero no es el padre.

—¿Y quién dice que no?

—¿Me estás diciendo que le haga creer que es el padre?

—Él no tiene por qué enterarse. Si habéis estado juntos, siempre ha podido fallar algo, nena.

—No, no y no. Te estás luciendo con tus consejos hoy. No pienso engañarle. Si quiere quedarse a mi lado, que sea porque él así lo ha decidido, y no porque yo se lo imponga.

—Yo te he dado dos opciones y ninguna te viene bien. Lo siento. No estoy muy puesta en estos temas.

—Es que lo que menos me esperaba era estar embarazada, y menos de un cabrón del que no quiero saber nada.

—Pensaba que lo tenías superado.

—Lo tengo. Le aprecio, pero lo que me contó... Eso raspa cuando lo recuerdo. Y todavía más cuando tenía la felicidad cogida con las manos, y se me ha escapado por su culpa.

—Nena, tampoco seas injusta, por su culpa no ha sido. Es tuya por dormir sin bragas. —
Reímos.

—No tiene gracia.

—Claro que la tiene. Te estás riendo. Lo que tienes que hacer es hablar con Marcos. Y cuando se lo cuentes, decidir qué es lo que realmente quieres hacer. Quizá te sorprenda su respuesta.

—Tengo miedo de que me deje.

—¡Ay, amiga! No es por desanimarte, pero las mujeres con mochila de otros, no es el mejor plan para un hombre. Pero a su favor he de decir que es un caballero, y que está locamente enamorado de ti. Creo que no te dejaría, ni aunque le hubieras engañado.

—Tengo miedo. —Mis ojos se llenan de lágrimas, y no puedo evitar romper a llorar.

—Lo siento, nena. No llores, por favor. Verás que todo se soluciona.

—Eso espero.

Después de una larga charla con mi amiga, consigo quedarme dormida, pero suena mi teléfono. Marcos me llama:

—Hola nena, ¿cómo estás?

—Estaba descansando un poco. Ha venido Ana a comer, y cuando se ha ido me he quedado dormida.

—¿Te sigues encontrando mal?

—Estoy algo mejor. Marcos, necesito que hablemos.

—Cuando quieras. Lo estoy deseando. Anoche no pude pegar ojo, y he intentado llamarte esta mañana, pero no estaba seguro de que quisieras hablar conmigo.

—Lo siento. ¿Cenamos juntos?

—¿En mi casa?

—No. Vente a la mía. Creo que es lo mejor.

—Está bien. A las nueve estoy ahí.

—Aquí te espero.

Desde que empezamos la relación, decidimos que no vendríamos a esta casa, pero me está siendo imposible venderla, y cada vez me supone más gastos. Y lo cierto es que esto va a ser un recuerdo amargo, y prefiero que se quede en esta casa.

Por fin llegan las nueve, y Marcos ya está aquí. En cuanto me ve, me besa y yo le abrazo fuerte. Necesito sentirle cerca. Necesito sentir que me quiere, para tener el valor suficiente para decirle lo que tengo que contarle.

—Nena, tranquila. ¿Por qué estás tan nerviosa?

—Tengo que contarte algo, pero primero vamos a cenar. Por lo menos, que tengamos la tripa llena.

La cena pasa rápido, hablamos de trabajo, de Ana y de sus cosas. Quiero tener la mente despejada, pero cuando terminamos de cenar, siento que el momento se acerca.

—Siéntate, por favor.

—Tú dirás.

—Lo primero que quiero que sepas es que esto nada tiene que ver contigo. Yo te quiero, y eso no ha cambiado, ni va a cambiar.

—Suéltalo ya, Sofia, por favor.

—Estoy embarazada, Marcos.

—¿Embarazada? ¿Vamos a ser papás?

—No, Marcos. Estoy embarazada, pero no es tuyo.

—¿Cómo?

—Es de Álvaro. Antes de que tú y yo empezáramos, él y yo nos acostamos. Soy bastante irregular, no he reparado en que podía estarlo hasta ayer que me enteré. Pero, por favor, dime algo. No te quedes callado.

Y eso era lo que me mataba. Ese maldito silencio, que no decía nada, pero que, a la vez, decía tanto. Expresaba rabia, y supongo que ese silencio, también era el final de lo nuestro.

—Lo siento Sofia, tengo que marcharme.

—Vale. —Le acompaño a la puerta. Me mira. Siento unas terribles ganas de abrazarlo, pero no puedo. Él ha decidido. Se marcha sin más. Cuando cierro la puerta, mi mundo se viene abajo. Le he perdido para siempre. He perdido el que ha sido el amor de mi vida, y tan solo he podido disfrutar de ese amor unos meses. Pero no puedo culparle. Supongo que nadie quiere estar con alguien que espera un hijo de otro. Creo que por mucho amor que me tenga, quedarse a mi lado es una decisión demasiado difícil.

Capítulo 10

Hoy mi día ha empezado brillante. Vómitos, mareos, y para colmo, ojeras de oso panda. He llorado durante horas. Ni siquiera sé cómo he sido capaz de levantarme de la cama. Y sí, las hormonas últimamente me están jugando malas pasadas, pero esta vez ellas no son las culpables. La tristeza se ha apoderado de mi cuerpo.

A pesar de que debería estar unos días de baja, he venido a trabajar. No puedo quedarme en casa pensando y pensando. Trabajando puedo evadirme un poco de los problemas, a pesar de que me paso las horas mirando el móvil, por si en algún momento Marcos se decide a escribirme, hasta busco si tengo cobertura, o si los datos funcionan bien. ¡Soy una absurda!

A la hora de la comida, salgo a fumar un cigarro. Sé que tengo que dejarlo, pero no será hoy. Llamo a Ana para saber si puede venir a recogerme esta tarde, y tomarnos algo. Como es de esperar, mi amiga me dice que sí. Necesito desahogarme con alguien, y quién mejor que ella.

No he sido capaz de comer. He invertido mi tiempo de comida, en mirar si Marcos se conectaba a WhatsApp, y su última hora de conexión. Parece que me va a ser difícil entender que ya no forma parte de mi vida.

A las siete Ana me está esperando abajo.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Hola.

—¡Uy! No me gusta nada tu cara. Tienes mucho que contarme, ¿verdad? —Asiento con la cabeza. Me coge del brazo, paseamos hasta llegar a un bar, y nos sentamos.

—Dos cervezas, por favor —pide Ana.

—Ana, yo... —Bajo la mirada hasta mi tripa.

—¿Se me olvidaba! Perdona, entonces una cerveza y... ¿una coca cola?

—No. Un trina de naranja, por favor. —El camarero se marcha.

—Lo siento, nena. Tengo que acostumbrarme a que mi sobrino garbancito está ahí.

—No eres la única, créeme.

—Cuéntame qué pasó ayer. Por tu cara, imagino que las cosas no salieron muy bien.

—No. Se fue, pero no dijo ni una palabra.

—¿Se lo contaste y no dijo nada?

—No, absolutamente nada. Solo que se iba. Al principio pensó que era suyo, y hasta te diría

que parecía ilusionado, pero cuando le dije que antes de estar con él, estuve con Álvaro, se le desencajó la cara, y no dijo nada, simplemente se fue.

—¿Te dijo que te llamaría?

—No. Solo me miró, y yo no fui capaz de decirle nada. En el fondo, pensé que sería como en las películas, que me diría que no le importaba, que está enamorado de mí, y que se quedaría a mi lado.

—¡Hijo de puta cobarde!

—No, Ana. Ha hecho lo normal en estos casos. ¿Tú cargarías con un hijo que no es tuyo?

—¿Eres boba, Sofía? ¿En qué momento le has dicho que tendría que cargar con él? ¿Acaso te ha dejado explicarte? —Tengo que reconocer que en eso mi amiga lleva razón.

—No. Tampoco pensaba hacerlo. Es mi hijo, y soy yo la que se va a encargar de él. Pero entiendo su reacción. Le he dicho que espero un hijo de otro cuando se supone que estábamos enamorados y la relación empezaba a funcionar.

—Por eso mismo, Sofía, si a la primera de cambio huye, ese tío no merece la pena. Si de verdad te quisiera, se quedaría a tu lado.

—No puedo reprocharle nada.

—¿Vas a llamarle?

—No lo sé. ¿Crees que debería hacerlo?

—Yo creo que deberías aclararle que tú no esperas que sea el padre de tu hijo. Ese niño ya tiene uno.

—Quizá tengas razón, pero no sé si sea lo mejor llamarle.

—Hazlo, y además de llamarlo a él, supongo que también llamarás a Álvaro, ¿no?

—¿Otra vez con eso? Ya lo hemos hablado. No quiero que piense que quiero nada con él. Puede pensar que me lo he inventado para que volvamos a estar juntos. ¿Crees que podría aguantar eso? Imagínate cómo se tomaría la noticia.

—¡Estupendo, entonces! Sola con un hijo porque no quieres que el padre de la criatura se entere de que va a ser padre, y tampoco eres capaz de hablar con el hombre del que estás enamorada, prefieres dejarle ir para no sentir que eres una carga para él.

—Eres demasiado dura conmigo.

—No, soy realista. No me gusta disfrazarte las cosas. Te digo lo que pienso. Tienes que ser valiente. Llama a Marcos, habla con él y cuéntale todo lo que piensas, y, por supuesto, llama a Álvaro. Ponte en su situación. Si fuera al revés, ¿no te gustaría enterarte de que vas a ser padre? Sabes que llevo razón. No me mires con carita de ratón.

—Sí, sé que la llevas. Solo que necesito tiempo.

—¡Ay, nena! Pues tiempo no tienes mucho, el bombo crece rápido.

—Lo sé, pero necesito tiempo para saber cómo hacer las cosas. Tengo mucho miedo.

—Yo voy a estar a tu lado. No pienso dejarte sola. Pero que sepas que no estaba en mis planes ser tía tan pronto. —Reímos.

—Yo tampoco tenía pensado ser madre tan joven. ¿Qué vamos a hacer?

—De momento, irnos a casa. Y ya pensaremos cómo hacemos las cosas, tranquila.

Salimos del bar, y Ana me lleva a casa. Cuando llego, esta me parece más grande de lo normal. Será que la soledad ha vuelto, y creo que para quedarse, por lo menos, durante nueve largos meses.

Capítulo 11

La semana pasa rápido, a pesar de que en mi día a día, los minutos se me hacen eternos.

Hace cinco días que hablo con Marcos por última vez. No he vuelto a saber nada de él. No ha cambiado su foto de perfil, ni siquiera el estado. Yo no puedo negar que me siento como una maldita estúpida. No puedo creer que ni siquiera me mande un mensaje para preguntarme como estoy; ¿de verdad eso es todo lo que le importo?

Ana sigue insistiendo en que le llame, o que me presente en su casa, pero no pienso hacerlo. Él decidió no escucharme. No pienso rebajarme más. No quiero que piense que le suplico.

Me entristece pensar que todo entre nosotros se ha acabado, que tanto amor que nos teníamos haya acabado de esa manera. Pensaba que lo nuestro era mucho más importante que eso, pero otra vez volví a confiar demasiado. Volví a fracasar en el amor.

El sábado, mi jefe me manda un mensaje para decirme que tengo que viajar a Londres para hacer una entrevista el martes, y que tendré que estar allí un par de días. Le digo que no hay problema y que me mande todos los datos. Esa noche, Ana viene a cenar, últimamente no me deja sola para nada.

—Hola, nena. ¿Cómo estás?

—Hola. Bien. ¿Y tú? ¿Pedimos algo de cena?

—Pensaba que ibas a cocinar tú.

—No. No tengo muchas ganas. Lo siento.

—No te preocupes. ¿Un chino?

—Sí, un chino está bien.

—¿Qué tal vas? ¿Has seguido con los mareos?

—Sí. Esas pastillas no me valen para nada. Me paso el día vomitando. Si los meses que me quedan van a ser así, mi cuerpo no va a resistir.

—Deberías volver a médico. A lo mejor deberían controlarte más a menudo.

—En dos semanas tengo cita en el ginecólogo.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. No te preocupes. Sobreviviré.

—Bueno, yo te he comprado una cosita. Sé que es muy pronto, pero no he podido resistirme. Lo siento.

—¿Qué has comprado?

—Espera, verás. Te va a encantar. —Saca una bolsa del bolso y me la da.

—Ábrelo. —Lo abro. Es un babero, y pone *la mejor mamá del mundo*.

—Me encanta. Gracias, nena. Es precioso. —Empiezo a llorar. No esperaba esto.

—¡Serás boba! Pero ¿por qué lloras?

—Me ha hecho mucha ilusión. Me alegra que hayas sido tú la primera en regalarme algo para el bebé.

—¿Quién iba a ser sino! La tía Ana. Que sepas que pienso malcriarle antes de que nazca.

—Me alegro. Porque también tendrás que quedarte con él cuando sea una viejuna y tenga que salir a ligar y mendigar un polvo. —Reímos.

—¿Cómo eres tan boba? No te va a hacer falta. El hombre de tu vida volverá, ¿y sabes qué? Que sin tardar mucho.

—¿Sí? ¿Podrías decirle que esta semana no estoy en Madrid?

—¿Que no estás en Madrid? ¿Y eso por qué?

—Mi querido jefe ha decidido hoy que el martes me voy a Londres. Estaré un par de días por allí.

—¿En serio? ¿Y tú sola?

—Claro. Voy a hacer una entrevista. No es un viaje de placer.

—Sofía, yo no creo que en tu estado debas viajar.

—¿Mi estado? ¿Acaso estoy impedida? ¡Ana, por favor! No estoy enferma, solo estoy embarazada.

—Ya lo sé, pero también sabes que tú no te encuentras bien. Vomitas a todas horas, te mareas. ¿Y si ocurre estando allí sola?

—Gracias, amiga. Eres única tranquilizando a la gente. No va a pasar nada, ya te he dicho que solo van a ser un par de días. El lunes voy a volver al médico para que me mande otras pastillas, tranquila.

—¡No voy a estar tranquila, Sofía!

—¡Eres peor que mi madre!

—Claro que lo soy. Porque a mí me tienes más cerca. Por cierto, ¿cuándo piensas contárselo?

—¿Cenamos?

—Sofía. Tienes que hablar con ellos. ¿Cuándo piensas decirles a tus padres que van a ser abuelos? ¿Cuando tengas a la criatura aquí ya?

—¿Crees que podrías dejar de agobiarme con eso? La semana pasada eran Marcos y Álvaro, y ahora son mis padres. Yo decido a quién quiero contárselo y en qué momento hacerlo, ¿vale?

—Entendido. Haz lo que quieras.

—¿Podemos cenar tranquilamente?

—Sí.

La cena transcurre en silencio. Las dos estamos molestas. Yo porque no soporto que me digan lo

que tengo que hacer, y ella porque no soporta que la hable así. Cuando acabamos de cenar decide marcharse.

—No quiero estar cabreada contigo, nena. Sabes que lo que te digo no es para hacerte daño, sino porque creo que no estás haciendo bien las cosas. Solo quiero que lo entiendas.

—Lo sé, pero estoy cansada del tema ya. Sé que tengo muchos frentes abiertos, y muchas cosas que resolver, pero déjame que me despeje un poco.

—Lo siento. Sé que a veces soy muy pesada, pero te quiero.

—Lo sé. Yo también. —La abrazo.

—Descansa. Si necesitas algo, llámame. Te llamo mañana, de todas formas.

—Vale. Tú también, nena. —Es increíble tener una amiga que te quiera y te cuide de forma incondicional. Porque queda muy bonito decir *somos amigas*. Para lo bueno, siempre están a tu lado, pero en lo malos momentos... ahí te das cuenta de quién te acompaña realmente. Y yo tengo la suerte de contar con la mejor.

Capítulo 12

Martes. Ya estoy en el aeropuerto rumbo a Londres. Me vendrá bien poner un poco de tierra de por medio, aunque he de reconocer que estoy un poco asustada con lo que me dijo Ana. Mis mareos persisten, y los vómitos tampoco me dan mucha tregua. Ayer estuve en el médico, y aunque me cambió las pastillas, me dijo que me fuera acostumbrando, que hay gente que no tiene ningún síntoma, y otra que se tira todo el embarazo vomitando. Así que solo me queda resignarme, y pedir que esto pase pronto.

Sobre las doce llego a Londres. Hasta las cuatro no tengo la entrevista, por lo que tengo tiempo de ir al hotel y ducharme. Enseguida llamo a Ana, que hoy estaba más histérica de lo normal. Lo cierto es que hace papel de padre primerizo.

La entrevista va rápido, y a las cinco estoy en el hotel. Tengo dos llamadas de Ana, pero el sueño me puede, y, antes de poderla llamar, me quedo profundamente dormida.

Me despierta la vibración del móvil. Lo cojo.

—¿Sí?

—¿Sofía, estás bien?

—¿Marcos? ¿Estoy soñando?

—No, no estás soñando. Dime, ¿estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Pero ¿qué pasa? Claro que estoy bien. Estaba dormida. ¿Se puede saber qué está pasando?

—¡Joder, Sofía! ¡Nos tenías preocupados!

—Pero ¿preocupados por qué?

—Ana lleva llamándote todo el día. Ni siquiera la has contestado a los mensajes. Pensábamos que te había pasado algo.

—¡Mierda, Ana! Iba a llamarla, pero me quedé dormida. Llegué muy cansada y me dormí. Lo siento. Y siento que te haya llamado. Voy a matarla.

—Ella lo hará primero, créeme.

—¡Es peor que mi madre! No me deja sola ni un minuto. Ya le he dicho que estaba bien. Sabía que tenía una entrevista a las cuatro, pero es una histérica.

—Sofía, ¿sabes qué hora es?

—Pues..., ahora que lo dices no.

—Son las nueve y media de la noche.

—¿Cómo? ¿En serio? No puede ser. No he podido dormir tantas horas.

—No sé desde que hora llevarás durmiendo, pero sí son las nueve y media, así que tiene razones para estar enfadada.

—Sí, supongo que sí. Prometo que no he oído el móvil. He debido de caer profunda.

—No hace falta que lo jures. Debes tener un millón de llamadas y mensajes.

—Lo siento.

—No te preocupes. Estábamos preocupados. Pensábamos que te había pasado algo. Y ni siquiera teníamos cómo localizarte. Ana estaba intentando ponerse en contacto con tu jefe, pero no sé si lo habrá conseguido.

—Espero que no. Siento que os hayáis preocupado. Estoy bien.

—¿De verdad estás bien?

—¿La verdad?

—Siempre. Ya lo sabes.

—No mucho. Físicamente no me encuentro bien. Sigo con los mareos y los vómitos, me han cambiado las pastillas, pero esto no mejora. Me siento agotada, quiero dormir a todas horas, y cuando lo hago, me pasa como hoy, caigo de forma profunda. Anímicamente no estoy mucho mejor: me siento sola y agobiada con todo. En fin, ni siquiera sé por qué te estoy contando esto.

—Porque yo te he preguntado.

—Bueno, Marcos, da igual. Siento que te haya llamado Ana.

—¿Sabes, Sofía? Yo me alegro de que lo haya hecho. Por lo menos hemos podido hablar.

—Sí. Tienes razón. Yo también me alegro de que me hayas llamado, y de que te preocupes de mí.

—Nunca voy a dejar de hacerlo. Yo...

—No tienes que decir nada, Marcos, de verdad, todo está bien así. Tengo que dejarte, voy a llamar a la histórica de mi amiga antes de que se le ocurra llamar a mi madre, y que se presenten aquí a buscarme.

—Vale. ¿Puedo llamarte más tarde?

—Si te apetece, puedes hacerlo. Espero no volver a caer rendida.

—Yo también. Hasta luego, nena.

Inmediatamente llamo a Ana, me va a caer una buena bronca...lo presiento.

—Hola.

—¡Nena, por fin! ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Sí, tranquila. Estoy bien. Échale la bronca a tu garbancito, que me ha tenido cuatro horas dormida. No me he enterado del móvil. Lo siento, no quería preocuparte. Vi tus llamadas, pero me quedé dormida.

—¿Qué susto me has dado! Pensaba que te habías mareado, que te había pasado algo. Habían pasado muchas horas. Estaba muy asustada.

—Estoy bien, tranquila. No tenías que haber llamado a Marcos.

—Lo siento. Estaba preocupada. No sabía a quién llamar. Ni siquiera sabía en qué hotel estabas. Llamé a Esmeralda, pero me dijo que ella tampoco sabía nada de ti. Le pedí el teléfono de tu jefe, pero no he logrado localizarle. Estaba desesperada. Necesitaba saber si Marcos podía ayudarme.

—¿Y qué pensabas contarle a mi jefe? *Hola, te llamo para saber si sabes algo de Sofía. Estoy histérica porque está embarazada y no sé dónde está, le ha podido dar un mareo, robarla, maniatarla...* ¡Estás loca!

—¡No seas boba, por favor! No iba a decirle nada de eso. Lo único que quería saber era en qué hotel estabas para poder localizarte. Siento haber llamado a Marcos. ¿Qué te ha dicho?

—Que estaba preocupado. Al igual que tú, pensaba que me había pasado algo. Esa manía tuya de asustar a todo el mundo.

—¿Asustar? Después de cómo estás, ¿y quieres que no me preocupe? No se te pasan los mareos, y encima te permites el lujo de irte a Londres. ¡No piensas, Sofía!

—Claro que pienso. Por eso estoy aquí. Tengo que trabajar. ¿Piensas que los niños se mantienen del aire? Déjame decirte que no. No puedo negarme a viajar. Es mi trabajo. Además, no hay nada de malo. No tengo ni tres meses de embarazo todavía. Me queda mucho que trabajar todavía.

—¡Eres una cabezota! No quiero que vuelvas a estar sola. Quiero que te vengas a mi casa a vivir.

—¡Por favor, Ana, estás desvariando!

—¿Desvariando? No pienso dejar que estés sola. Yo cuidaré de ti y del garbancito.

—¡Vaya ¡¿Eso quiere decir que vas a casarte conmigo? —Río.

—Sí crees que es necesario, lo haré.

—¡Estás loca! Pero te quiero. Gracias por cuidar de mí. Creo que no tendré vida para agradecértelo.

—No tienes nada que agradecer, ya lo sabes. Eres mi mejor amiga, y así son estas cosas.

—Además, aunque seas una histérica, tengo que agradecerte que llamaras a Marcos. Gracias a eso, he podido hablar con él. Echaba tanto de menos escucharle...

—Lo sé. ¿Y sabes qué? Que te quiere. Ese hombre está loco por ti, pero cagado de miedo.

—¿Miedo? No seas tonta. Simplemente él tiene una edad que ya no quiere complicaciones.

—Oye, guapa, que no es ningún viejo. Y aquí la edad no tiene nada que ver. Está asustado. Está tratando de hacerse el fuerte, pero no lo va a conseguir. El amor que te tiene es mucho más fuerte, nena.

—Iba a decirme algo, pero no le he dejado terminar. No es justo que lleve una semana llorando porque decidió irse sin más y ahora quiera hablar solo porque tú le has llamado y se ha asustado.

—No seas boba. Lo de hoy ha sido su excusa. Estaba deseando llamarte, pero no sabía que decirte.

—¿Has hablado con él?

—Pues claro.

—¿Y de qué?

—Pues... del tiempo, de fútbol, ya sabes.

—¡Ana!

—Es que preguntas unas tonterías... Cuando le llamé, pensó que te había pasado algo. Yo le dije que te habías ido a Londres por trabajo, y que llevaba desde por la mañana sin saber de ti, que estaba preocupada, y que si podía llamarte. Me dijo que sí y me colgó. A los diez minutos volvió a llamarme, y se le veía muy agobiado. Me dijo que no había conseguido hablar contigo, pero que no me preocupara; que si hacía falta, iría a Londres a buscarte. Después de eso, le dije que mucha culpa de tu estado la tenía él, que cómo había sido capaz de dejarte tirada, que no querías un padre para su hijo, que lo único que querías era un hombro donde apoyarte, y que, si para él era difícil, que tratara de ponerse en tu situación. Entonces me dijo que no esperaba que estuvieras embarazada, y menos de otro. Que para él había sido un jarro de agua fría. Que no había sido capaz de llamarte porque no sabía que decirte, pero que sabía que no había actuado bien.

—¿Por qué le dijiste eso?

—Porque me dio la gana. Y porque tenéis que hablar, nadie puede hablar por vosotros. Solucionad las cosas ya. Siento haberme metido, pero estoy harta de verte llorar. Si no quiere estar contigo, adelante, pero que te lo diga. —Las palabras de mi amiga me hacen llorar, y es que, a pesar de todo, no soy capaz de escuchar de su boca que no quiere estar conmigo. No estoy preparada—. ¡Eh! ¿Qué pasa? No llores, por favor. Lo siento. A veces soy demasiado brusca, y no mido las palabras.

—No es eso, es que... le echo tanto de menos, volver hablar con él me ha vuelto a remover todo. No soy capaz de escuchar de su boca que no quiere estar conmigo. Creo que lo mejor será que no hablemos.

—No digas bobadas. Claro que vais a hablar, lo necesitáis los dos. Y no te va a decir eso. Él te quiere, nena. Lucha por eso. No dejes escapar lo que quieres solo por un miedo que solo tú sientes.

—Ni siquiera sé qué decirle.

—Él tampoco, pero algo se os ocurrirá. Hazme caso, por favor.

—Lo haré. Gracias.

—Tengo que dejarte, con eso de que estabas en busca y captura, no he podido ni hacer la cena ni preparar el trabajo de mañana. ¡Me vas a matar de los disgustos!

—Lo siento. No era mi intención.

—Lo sé, pero te quiero aquí ya. Y no quiero más viajes, o hablaré seriamente con tu jefe. A no ser que me contrate como tu ayudante y pueda ir contigo.

—¿Mi ayudante? ¿Me lo dice la directora de la revista más famosa de este país?

—Sí. Haré lo que sea.

—De momento hacerte la cena. Prometo llamarte mañana.

—Espero que lo hagas. Descansa.

Cuelgo, y me doy cuenta de que tengo mucha suerte por tenerla. Ella siempre me cuida. Tengo mucho que agradecer a Ana. Por eso mismo decido hacer algo que sé que le hará ilusión. Cuelgo en mi perfil la foto de su babero unida a mi tripa y pongo un estado:

El primer regalo de mi garbancito. El primer regalo de su tía. Gracias por estar siempre ahí. Gracias por tanto... Gracias por todo. Te quiero.

A la mañana siguiente, me levanto pronto, a las siete y media, y bajo a desayunar. Le escribo un mensaje a Ana.

SOFÍA_07:35

Buenos días, tita. Garbancito y yo ya estamos despiertos y reponiendo fuerzas. Mi vuelo sale a las seis de la tarde. Voy a ir a pasear por aquí, ya que tengo el día libre. Solo quería que supieras que te queremos. Un beso.

ANA_07:37

Hola. Cómo me alegro de que estéis bien. Yo también os quiero. Disfruta de tu día. Y tranquila, estaré en el aeropuerto para recogerte. Os quiero. Por cierto, me encanta tu foto de perfil. Estoy deseando poder ponerla yo en mi perfil, pero con mi garbancito.

También me llega un mensaje de Marcos. Anoche al final no volvió a llamarme, y yo... no fui tan valiente para hacerlo.

MARCOS_07:45

Hola, nena ¿Cómo estás? He visto que estabas en línea, y me ha parecido raro porque es muy temprano. Un beso.

SOFÍA_07:47

Hola. Sí, todo bien. Hoy he madrugado, creo que con el maratón de sueño que me pegué ayer estoy descansada. ¿Y tú?

MARCOS_07:48

Normal. No deberías dormir en tres días. Yo voy camino al trabajo. Y, al revés que tú, no he dormido mucho. Quería llamarte, como te dije, pero no me atreví. No sabía si querías hablar. No quería molestarte.

SOFÍA_07:49

¿Por qué no has dormido? Yo también pensé que lo harías. Yo tampoco me atreví.

MARCOS_07:50

¡Vaya dos! Yo pensé que no querías escucharme.

SOFÍA_07:51

A mí me encanta escucharte siempre.

De repente, mi teléfono suena. Es él.

—Hola.

—Hola. Así que... te gusta escucharme.

—Sí. Siempre me ha gustado oírte, y ahora que estoy un poco lejos, es muy reconfortante.

—A mí también me gusta escucharte. Te echo de menos, Sofia.

—Yo también. No te imaginas cuánto.

—Necesito que hablemos.

—Yo también lo necesito. No me dejaste explicarte nada cuando te fuiste.

—Lo sé. Me sentí el hombre más gilipollas del mundo cuando me dijiste que estabas embarazada, pensé que era mío, y no te voy a negar que la idea no me disgustó, aunque sé que no entraba en nuestros planes.

—Yo jamás pensé que...

—No digas nada. No te preocupes. Hablaremos cuando vuelvas. Buscaremos una solución para esto.

—Me haces mucha falta.

—Tú a mí también. No he dejado de pensar en ti ni un solo momento, créeme.

—Volveré hoy. Cuando quieras puedes llamarme y hablamos.

—¿Quieres que vaya a recogerte al aeropuerto?

—No, no te preocupes, irá Ana. Imagino que querrá que me quede en su casa a dormir.

—Vale. Llámame cuando llegues. Espero que podamos vernos esta semana.

—Sí. Yo también.

—Por cierto, me gusta tu foto de perfil. Estoy convencido de que vas a ser una buena madre.

—Gracias. Yo no sé si conseguiré serlo, pero pondré todo mi empeño.

—Tengo que dejarte, nena, avísame cuando llegues, por favor.

—Lo haré. Hasta luego.

Si hace unos días me hubieran dicho que iba a estar hablando con Marcos de esta manera, no lo hubiera creído. Tengo miedo de esa conversación, a pesar de que él me ha dicho que me echa de menos. Creo que esto es una decisión muy difícil de tomar.

Quedarse al lado de una persona que va a tener un hijo de otro es de todo menos fácil.

Capítulo 13

El viaje ha sido corto, pero intenso, y después de tener una larga conversación con mi amiga, al final me ha obligado a quedarme a dormir aquí. Creo que me protege demasiado. Pero se lo agradezco, últimamente estoy falta de mimos. ¡Malditas hormonas!

He vuelto a hablar con Marcos, y me ha invitado a cenar mañana a su casa para que podamos hablar. Espero poderle decir todo lo que tengo en mi mente y no quedarme bloqueada.

—¡Sofía, Sofía despierta!

—¿Qué ocurre?

—¡Corre, ven al salón, las noticias! Es el hotel de Marcos. Ha habido un incendio.

—¿Qué? —Me levanto corriendo y cojo mi móvil, sin despegar mis ojos de la televisión—. ¿Qué han dicho? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Acabo de ponerlo. Parece que ha habido un incendio en una de las plantas y han tenido que evacuar el hotel.

—¡Dios mío! Voy a llamarle. ¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¡Mierda! Él ya tiene que estar allí. —Marco su número—. Está apagado. Voy a llamar al hotel.

—No creo que te lo cojan. Con el jaleo que hay es imposible.

—No puede ser. ¿Y si le ha pasado algo?

—Tranquilízate. Seguro que no. El incendio ha sido antes. Si él llega a estas horas, no le habrán dejado pasar, seguro.

—No. Él llega sobre las siete y media. Seguro que estaba ahí.

—No seas tan dramática. No te pongas en lo peor. Voy hacer un par de llamadas a ver si consigo enterarme de algo más.

Yo sigo intentando localizarle, pero su móvil sigue apagado. Por favor, que no le haya pasado nada. Voy a vestirme, tengo que ir a ver qué pasa. Me visto deprisa y cojo el bolso.

—¿Dónde crees que vas, señorita?

—A buscarle. No pienso quedarme aquí sin saber que está pasando.

—No vas a ningún lado. ¿Te has vuelto loca? No sabemos si es peligroso. ¿Cuándo vas a pensar en ti y en que estás embarazada?

—No me digas lo que tengo que hacer. Si Marcos está ahí, quiero verle. No puedes impedirme que vaya.

—Claro que no puedo, ya eres mayorcita, pero piensa un poco, ¿vale? Déjame, al menos, que mueva algunos hilos para saber si está bien, ¿de acuerdo? Si no lo consigo puedes irte.

—Vale. Te doy diez minutos. Ni uno más.

Me siento en el sofá y sigo llamando sin respuesta, cuando Ana entra con la cara desencajada.

—¿Qué pasa, Ana? ¿Qué te han dicho?

—Tranquila, por favor. Es Marcos. Estaba dentro del hotel cuando se produjo el incendio, se lo llevaron, pero no sé nada más.

Me siento aturdida, consigo abrir los ojos, pero no sé dónde estoy. Alguien me tiene cogida la mano. Es Ana.

—Cariño, ¿Cómo estás? Me tenías muy preocupada.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—Te caíste en casa, no reaccionabas y tuve que llamar a una ambulancia.

—¿He estado inconsciente durante todo este tiempo?

—No, cuando volviste en ti estabas muy nerviosa, y tuvieron que darte un tranquilizante.

—¿Y el bebé? ¿Cómo está?

—Está todo bien. No te preocupes. Te han hecho una analítica y unas pruebas, y en un rato vendrá el médico.

—¿Ana! ¿Y Marcos? Dime que está bien, por favor.

—Tranquila, ¿vale?

—¿Qué ha pasado? Dime la verdad.

—¿Puedes tranquilizarte, o quieres volver a perder el conocimiento?

—No puedo tranquilizarme hasta que no me digas cómo está Marcos.

—No he podido saber mucho, nena. Voy a tratar de averiguar algo, pero tienes que prometerme que vas a tranquilizarte, y que vas a estar bien.

—Te lo prometo. Pero, por favor, dime cómo está en cuanto sepas algo.

—Lo haré. Te dejo un rato sola. ¿Estás bien?

—Sí. Con cualquier cosa, aviso a la enfermera.

—En un rato estoy aquí.

Marcos, ¿Dónde estás? ¿Por qué no me coges el teléfono? Necesito saber que estas bien. Me siento débil y llamo a la enfermera.

—Dígame.

—Me encuentro fatal. No dejo de marearme y me siento muy débil.

—Es posible que sea efecto del calmante, de todas formas, enseguida pasará el médico.

—Gracias.

Ha pasado más de media hora desde que Ana se fue, y no sé nada todavía. Por fin aparece el médico.

—Hola, Sofía, ¿cómo te encuentras?

—Hola. No muy bien, la verdad.

—¿Te duele algo?

—Tengo malestar, y me siento muy débil. ¿Está todo bien?

—Bueno, Sofía, no es nada grave, pero tienes que empezar a cuidarte, tienes tres meses de embarazo, y tienes una anemia que, aunque no es preocupante, hay que tratar. Quizás por ese motivo tengas tantos mareos y estés tan cansada.

—Fui al médico y me dijo que era normal. Me cambió unas pastillas para no vomitar, pero nada más.

—¿Cuándo tienes cita con tu ginecólogo?

—La semana que viene.

—Bien. Voy a mirar quién te va a llevar, y haré un informe. Otra cosa más, Sofía: durante, por lo menos, quince días, tienes que mantener reposo. Nada de sobresaltos, y nada de trabajar. Necesitas mucho descanso.

—Mi trabajo no es nada del otro mundo. Trabajo en un periódico.

—Da igual, Sofía. Tienes que guardar reposo. El ginecólogo cuando te vea te dirá si tienes que seguir más tiempo o no. Mi recomendación es que lo hagas, por lo menos, durante quince días. Deberías tomártelo muy en serio.

—¿Le pasa algo al bebé?

—No, pero la anemia no es algo bueno para él. Lo mejor es que sigas mis indicaciones.

—¿Puedo perderlo? Dígame la verdad.

—No es tiempo de pensar en eso. Lo único que te pido es que hagas caso de lo que te indicamos. El reposo te va a venir bien.

—¿No puedo moverme de la cama?

—Sí, claro que puedes. Trata de salir lo menos posible, para evitar cansarte, no moverte demasiado, y estar en casa relajada y tranquila. Yo voy a darte el alta, pero cualquier cosa que te notes, algún dolor, si comienzas a sangrar o algo que tu veas que está fuera de lo común, vuelves inmediatamente, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Enseguida vuelvo con el informe.

A veces, la vida se empeña en ponerte piedras en el camino, no sé si para ver nuestro poder de supervivencia, o simplemente para complicarnos. Últimamente, todo se vuelve en contra. Ahora se supone que tengo que estar tranquila sabiendo que Marcos no aparece, pero no lo estoy. Además, se suma la preocupación por lo que le pueda pasar al bebé. Rompo a llorar sin más. Demasiadas emociones por hoy. Entra el doctor.

—Sofía, ¿qué ocurre?

—Nada. Solo estoy un poco disgustada por cosas que han pasado en mi vida, y con lo que me ha dicho ahora...

—Te he dicho que lo primero era estar tranquila, por tu bien y por el bebé. Tienes que tratar de dejar apartados los problemas de ti. Aunque no lo creas, él lo siente todo.

—Lo sé, pero no es tan fácil.

Ana entra en la habitación.

—¿Qué pasa, mi niña? ¿Ha ocurrido algo? Doctor, dígame.

—Ya se lo he comentado a ella, pero no está de más que también lo sepa usted para que cuide de ella. Tiene que tratar de guardar reposo por lo menos durante quince días. Tiene una anemia muy fuerte, y tiene que recuperarse.

—¿Podría perder al bebé?

—Si sigue las indicaciones, todo va a ir bien.

—Yo me encargo, doctor. No se preocupe.

—Sofía, cuídate. Aquí te dejo todo. Cuando quieras, puedes marcharte.

—Gracias, doctor.

—Tienes que estar tranquila. Te lo había dicho, ¿o no?

—Sí, ya lo sé. No seas tan pesada. Dime qué sabes de Marcos.

—Estaba dentro cuando se desató el incendio, pero logró salir. Solo ha inhalado un poco de humo, pero está bien, puedes estar tranquila.

—¿Y por qué no coge el teléfono?

—Imagino que se quedó dentro del hotel, nena. No lo sé. No he podido hablar con él, pero he podido hablar con alguien cercano, y le he dicho que en cuanto le vea que, por favor, le diga que se ponga en contacto con Sofía. Así que tranquila, en cuanto pueda, te llamará. Tú y yo nos vamos a casita a descansar. Y vete pensando en traer las cosas a mi casa, porque no pienso dejarte sola, ¿entendido?

—¿Tengo otra opción?

—No, no la tienes.

Me preparo y recojo todas las cosas. Ana me lleva a casa, hace la cama y me acuesto. Estoy agotada y me quedo dormida.

Me despierto al oír a Ana hablar.

—Tranquilo, está bien. Está dormida ahora, tiene que descansar. El médico le ha mandado reposo. Sí, creo que no es un buen momento para que habléis, Marcos. Tiene que estar tranquila, le han dicho que debe seguir en reposo. No quiero que se disguste más. Llámala más tarde, necesita saber que estás bien. Sí, no te preocupes, lo haré.

—Ana —la llamo.

—Dime.

—¿Por qué le has dicho a Marcos que no es un buen momento para hablar? ¿Sabes lo que me ha costado poder hablar con él? ¿Por qué no dejas de meterte en mi vida?

—Lo hago porque te he visto llorar durante semanas por su culpa, y porque el médico ha dicho que tienes que estar tranquila. No quiero que te alteres con la conversación.

—Deja de decidir por mí. Soy muy mayorcita ya para que lo hagas.

—Solo me preocupo de ti, cosa que tú parece que no haces.

—Hablar con Marcos no va hacer que pierda a bebe, ¿me oyes?

—Claro que no, pero te va a poner mal. Vas a remover algo que no estás preparada para afrontar.

—Entonces, ¿tengo que esperar seis meses para poder tener una conversación?

—No, pero sí hasta que estés segura de que todo está bien.

—No me gusta que decidas por mí. Pienso llamarle y quedar con él.

—Haz lo que quieras, Eres muy testaruda. —Sale de la habitación.

Estoy cansada de que decidan por mí. Necesito esa conversación. Llevo demasiado tiempo esperándola. Llamo a Marcos.

—Hola, nena, ¿cómo estás? Ya me ha contado Ana lo que ha pasado.

—Hola. Estoy bien. ¿Y tú? ¿Qué ha pasado? Estaba muy preocupada.

—Hubo un incendio en el hotel. Por suerte, todo el mundo está bien. Yo tuve que ir al hospital a que me hicieran una radiografía y luego estuve en comisaría. Querían saber si había podido ser intencionado.

—¿Intencionado? ¿Cómo que intencionado?

—Sí. Al parecer podría haber sido alguien, pero no te preocupes. Dime cómo estás tú.

—Estoy bien, solo fue el susto. Vi el incendio por la tele, y me puse muy nerviosa, no cogías el teléfono, pensé que te había pasado algo.

—Con las prisas, me dejé el móvil en el despacho, y con todo el jaleo, olvidé llamarte. Lo siento.

—No pasa nada. Estaba preocupada.

—Yo también lo estoy. No quiero que te pase nada. Ni a ti, ni al bebé. Me pienso encargar de cuidaros. Si tú me dejas, claro.

—¿Cuidarnos?

—Sí. No quiero pasar más tiempo separado de ti.

—Pero, Marcos... tenemos que hablar.

—Lo único que puede interesarme es que me digas que quieres estar al lado de Álvaro, entonces, desapareceré de tu vida, te lo prometo.

—No. Álvaro no entra en mis planes, pero igualmente tenemos que hablar. Si de verdad quieres que estemos juntos, hay cosas que tenemos que aclarar.

—Bueno, nos lo tomaremos con calma, ¿de acuerdo?

—Está bien. ¿Sigue en pie la cena en tu casa?

—Nena, por mí no habría problema, pero te recuerdo que tienes que estar en reposo.

—Lo sé, pero podrías recogerme.

—Vas hacer algo mejor. Pregúntale a Ana si no le importa que vaya a cenar allí. Yo me encargo de la cena.

—Está bien. Te escribo un mensaje.

—Hecho. Tengo muchas ganas de verte.

—Yo también.

—Hasta luego, nena.

Cuelgo y llamo a Ana.

—Dime.

—¿Podría venir Marcos a cenar?

—¿Aquí? ¿Y por qué no? Estás en tu casa.

—Sabes que no estoy en mi casa, Ana.

—Soy tu amiga, y si no quisiera que estuvieras aquí, no te lo hubiera dicho. Si va a venir, yo aprovecho para salir con un amigo.

—Estupendo. Gracias. Siento lo que te he dicho antes. Ha sido un día duro hoy.

—Tranquila, no pasa nada. Voy hacer algo de comida.

—Vale. Yo voy a ducharme.

Le mando un mensaje a Marcos:

SOFÍA_13:30

Puedes venir a cenar. Ana me ha dicho que aprovecha y cena fuera. Te veo luego. Un beso.

MARCOS_13:32

Ok. Estoy deseando que llegue la noche. Un beso, princesa.

SOFÍA_13:33

Yo también estoy deseando que llegue la noche, y no por la cena, sino por la compañía de mi italiano favorito.

Capítulo 14

Estoy igual de nerviosa que en mi primera cita, pero el momento por fin ha llegado y el encuentro con Marcos se produce.

—Hola, nena. Estás preciosa.

—Hola. Tú también estás muy guapo. —Se acerca y me abraza.

—Te he echado tanto de menos...

—Yo también. Pensé que te habías olvidado de mí.

—Eso jamás. Eres demasiado importante para mí. Yo también pensé que volverías con Álvaro, y eso me tenía roto en mil pedazos.

—Si te hubieras quedado ese día, te hubieras dado cuenta de que eso jamás va a pasar.

—Fui un estúpido, lo sé.

—Tenemos mucho de qué hablar.

—Sí, pero primero vamos a cenar.

—¿Qué has traído?

—Voy a hacerte una pasta que nunca has probado, aunque, bueno... no es lo que tenía en mente, pero como sé que las embarazadas tienen prohibido comer algunas cosas..., también he traído un postre que te va a encantar.

—¿Todo lo has hecho tú?

—Por supuesto. Soy un buen cocinero, ya lo sabes.

—¿Necesitas ayuda?

—No. Tú siéntate. En cuanto esté listo, te aviso.

—Estupendo. Me encanta que cocines para mí.

—Espero que sea por mucho tiempo, nena. —Me sonrío, y lo cierto es que yo también lo espero. Parece que estoy viviendo un sueño. Después de todo lo que ha pasado en estas semanas, por fin las cosas se asientan. Lo necesitaba.

—Nena, todo listo.

—Mmm... ¡Eso huele riquísimo!

—Pues espera a probarlo. —Nos sentamos, y empezamos a cenar.

—Marcos, esto está espectacular.

—Me alegro de que te guste. Voy a por el postre, te va a encantar.

—¿Eso es tiramisú?

—Sí, pero casero. No has probado otro igual. He de decir que el de mi madre está mucho mejor, pero me defiende bastante bien.

—Tendré que probarlo. Déjame la cucharilla. Voy a ponerte nota, aunque no pueda compararlo con el de tu madre.

—Toma. —Me acerca la cuchara y lo pruebo.

—¡Qué rico por favor! Es imposible que el de tu madre esté mejor que este.

—Créeme que sí.

—¡Está riquísimo! Voy a ponerme como una bola si sigues cocinándome así.

—Seguirías siendo preciosa.

—Gracias. Espero que digas lo mismo dentro de unos meses.

—Claro que lo diré. —Le cojo de la mano.

—Ven —le llevo al sofá—, necesito que hablemos.

—Sofía, ya te dije que no me interesaba saber nada más.

—Ya, pero yo necesito contártelo, por favor.

—Está bien. Te escucho.

—Mira, quedarme embarazada no entraba en mis planes, eso tú ya lo sabes. Lo cierto es que ni siquiera lo había pensado porque Álvaro y yo apenas estuvimos un par de veces juntos tras la ruptura. Aunque no lo creas, las cosas entre nosotros dejaron de funcionar hace mucho tiempo. Pero, no sé si por miedo a estar sola, o por la comodidad de conocerle desde hace años, decidí darle una oportunidad, pero cuando las cosas se rompen, y de la manera en que lo hizo lo nuestro, son difíciles de arreglar. Pensé que podría perdonar, y que el amor todo lo puede, pero eso solo pasa en los libros y en las películas. La vida real es mucho más complicada. Una infidelidad nunca se perdona, vives con el miedo de que vuelva a pegártela, y yo soy de las que opinan que quien la hace una vez, lo hace dos. Por eso mismo, no le quiero en mi vida, hace tiempo que le saqué de ella, mucho antes de que yo pudiera entenderlo, y aunque tengo que tener un trato medio cordial con él por el tema de la casa, no le quiero en mi vida, ni como amigo, ni como pareja, ni como padre de mi hijo. Pero, a pesar de ello, no quiere decir que necesite un padre de sustitución. Mi hijo es mío. Y aunque yo te quiera y quiera estar contigo, jamás te impondría a mi hijo. Tú no eres el padre, ni tienes por qué serlo. No te voy a negar que me hubiera gustado que lo fueras, pero no pienso hacerte cargar con algo que no te pertenece. Espero que lo entiendas.

—Quizá deberías preguntarme si yo quiero encargarme de él. Está claro que no soy su padre, y la verdad es que no estoy de acuerdo con tu decisión de no decirle nada a él, pero si es lo que quieres, lo respeto. Aunque ¿por qué no puedo ocuparme yo de ese niño? ¿Por qué no puedo ser el padre? Quiero estar a tu lado. Dame esa oportunidad.

—Yo..., no quiero ser egoísta. No quiero que cargues con algo que no es tuyo y el día de mañana puedas arrepentirte.

—Jamás me arrepentiría. Me hubiera encantado que fuera mío, pero voy a quererlo igual.

Déjame intentarlo, por favor.

—Tengo que pensarlo. Necesito un poco de tiempo para asimilar todo esto.

—Por supuesto, pero quiero que te vengas a casa conmigo.

—¿Vivir contigo?

—Sí, prácticamente es lo que hemos estado haciendo durante este tiempo, pero ahora lo quiero hacer de manera formal. Tú necesitas que te cuiden, y yo estoy deseando hacerlo.

—No me merezco todo eso.

—Te mereces eso y mucho más, nena. Te quiero, ya lo sabes. Nunca voy a dejar de hacerlo. —
Se acerca y me besa. Yo caigo rendida a él. Le quiero demasiado.

Capítulo 15

¡Ya estoy instalada! Estoy viviendo un sueño. Marcos no se separa de mí, y está entusiasmado con el bebé. No deja de contarme planes, y eso a mí me hace la mujer más feliz del mundo.

Por fin llega el día de ir al ginecólogo, y, cómo no, la tía de la criatura también está aquí. Yo siempre bien rodeada, y eso me encanta. Ana pide permiso para poder entrar con nosotros.

—Buenos días. Ya veo que son familia numerosa. — Todos nos reímos—. Sofía, voy a hacerte unas preguntas para saber algunas cosas.

—De acuerdo.

Después de hacerme todo tipo de preguntas sobre enfermedades, relaciones, síntomas, me pide que me tumbe en la camilla para empezar con la exploración.

—Tranquila, esto no es nada. ¿Queréis saber el sexo del bebé?

—¿Es posible saberlo, doctor? —pregunta Marcos.

—Puede que podamos ver algo ya, aunque no es muy seguro lo que os diga, porque no podríamos confirmarlo al cien por cien hasta dentro de unas semanas... Bueno, Sofía, tengo que decirte que estas de un poquito más de tres meses, y que, aunque no es con total seguridad, creo que estás esperando un niño.

—¿Un niño?

—Sí. Eso parece.

—¡Eso es estupendo, nena! —dice Marcos.

—¡Yo quería una princesa! —dice Ana.

—Tranquilos, ya os he dicho que no es fiable al cien por cien, hay margen de error.

—A mí me encanta la idea de tener un niño —digo.

—¿Y el papá qué dice?

—Doctor, él no... —Cuando voy a terminar la frase, Marcos me interrumpe:

—El papá está encantado con la noticia —Me mira, sonrío, y me doy cuenta de que es verdad que él está encantado. ¿De verdad que está dispuesto a ser padre? Supongo que la felicidad que transmiten sus ojos lo dice todo.

Tres meses después...

Las cosas en estos meses, han sido increíbles. Marcos no ha parado de mimarme, a pesar de que mi genio está alborotado. Cuando no estoy llorando, estoy chillando como una loca, pero aun así, él me consiente, me cuida y me quiere. Mis padres también están encantados con la idea de ser abuelos, y, por supuesto, les encanta Marcos. Vinieron de viaje sorpresa, y les costó mucho dejarnos aquí. Todo ha ido bien hasta hace unas semanas, cuando por fin llamó una pareja para interesarse por el piso. El banco les da el préstamo, y están muy interesados, han venido a verlo y ya solo queda firmar. Eso no es lo malo, lo malo es que mañana, después de tantos meses, Álvaro y yo volveremos a vernos la cara. Por desgracia, le necesito para vender el piso. Estoy nerviosa. Marcos quiere acompañarme, pero he decidido que no. Quiero ir sola y afrontar yo mis problemas. Es algo que tengo que superar sola.

—Hola, princesa ¿Cómo estás? ¿Y mi enano? —pregunta Marcos.

—Cansada, como siempre. ¿Tú qué tal el día?

—Bien, cariño. Mucho trabajo, y pensando mucho en vosotros.

—Nosotros también. ¿Por fin han acabado la reforma del hotel?

—No. Están tardando más de lo previsto.

—Cariño, hace meses que se quemó y todo va muy lento, ¿ocurre algo?

—No, nena, solo que van surgiendo problemas día a día. No tienes que preocuparte por eso. Hablando de preocupaciones ¿Cómo llevas lo de mañana? ¿Tranquila?

—Bueno, *tranquila* no es una palabra que me defina mucho ahora que digamos. Pero estoy deseando firmar. Quiero quitarme el único vínculo que tengo con él. —Marcos me mira y se toca el pelo—. Lo siento. No quería decir eso. Ni siquiera lo he pensado.

—Lo cierto es que sí que os queda un vínculo, nena. Llevo días pensando... ¿Qué vas a decirle cuando te vea mañana embarazada?

—¿Qué quieres que le diga? La verdad. Que estoy embarazada y que soy feliz.

—Esa no es la verdad.

—¿No es la verdad? Para mí sí.

—Bueno, lo es, pero no toda la verdad, y lo sabes.

—Hablemos claro, Marcos. ¿Qué te hace pensar que después de tantos meses voy a decirle la verdad?

—¿Verle, quizás?

—¿No crees que en todos estos meses te he demostrado que te quiero? Tú decidiste ser el padre de la criatura. Todavía estás a tiempo de decirme que no.

—No soy de los que se arrepienten de las decisiones, ¿sabes? Pero quizá sea buen momento para contárselo. Aunque no quieras estar con él, tiene derecho a saberlo, y decidir si quiere hacerse cargo del bebé.

—Él no tiene nada que decidir, y, por favor, ya hemos hablado del tema muchas veces. Me voy a la cama. Estoy muy cansada.

—¿No vas a cenar?

—No. Solo me apetece un vaso de leche.

—Vete a la cama, yo te lo llevo. —Me da un beso en la mejilla, y me voy a la habitación. Estoy cansada de seguir tocando este tema. Parece que no quiere entender que yo acabé con todo eso el día que decidí estar con él.

—Toma, amor.

—Gracias. —Me acaricia el pelo.

—Estás preciosa.

—Sí. Soy una bola preciosa.

—¿Bola? Por favor, estás perfecta.

—No lo estoy. No hace falta que me regales los oídos.

—Yo nunca te regalo los oídos, te digo lo que es. —Se tumba y me da besos en la tripa—. Enano, disfruta de tu tiempo ahí. Tu madre es una pesada. Pero no tardes mucho en salir, tengo que tener aliados para luchar contra ella. —Me saca una sonrisa.

—Eres un tonto.

—Sí, la verdad es que la felicidad me ha vuelto más tonto de lo normal.

Después de la charla, me quedo dormida. Mañana será un día duro e intenso. Solo quiero que pase rápido y cerrar, por fin, un capítulo de mi vida.

Capítulo 16

Por fin llegó el día. Cuando me levanto, Marcos ya no está. Me ducho y me arreglo. Hemos quedado a las diez en el notario. No puedo evitar estar nerviosa. No todos los días tienes que lidiar con tu ex para tratar de vender un piso.

Cuando llego, él está en la puerta. Se sorprende al verme.

—Hola, Sofía. ¿Cómo estás?

—Hola, Álvaro. ¿Bien y tú?

—Todo bien. No sabía que...

—Sí. Tampoco tenía por qué contártelo. —¿O quizás sí tendría que haberlo hecho?

—Supongo que no.

—¿Entramos?

—Sí.

Por suerte, todo pasa rápido y en algo más de media hora, estamos fuera. ¡Por fin vendimos la casa! Supongo que con ella se va una parte de mi vida. Pero una parte que, quizá, no merezca mucho la pena recordar.

—Gracias por todo, Sofía —me dicen los nuevos dueños.

—Gracias a vosotros. Espero que seáis muy felices. —Les tiendo la mano.

—Parece que lo único que nos unía se acaba de ir —dice Álvaro.

—Sí, supongo que sí. Pero mejor así. Cada uno ya tiene su vida. Es lo mejor.

—Me alegro de que seas feliz. Imagino que estás muy enamorada. Has corrido mucho para quedarte embarazada, ¿no?

—Bueno, las cosas son así. Estoy muy feliz.

—Tienes que tener muy claro que es la persona de tu vida, cuando decides tener un hijo.

—Hay cosas que no se piensan demasiado. ¿Tú no quieres hijos?

—¿Yo? ¡Estás loca! Yo no pienso joderme la vida de esa manera. Un hijo siempre es un problema. Quizás, con la única persona con la que lo podría haber tenido, hubiera sido contigo, pero también hubiera sido un problema. Si nos hubiéramos separado, los niños siempre habrían sido un incordio. Tienes que estar luchando por ver al mocosito, si tienes otra pareja te influye en los planes que tengas con ella. ¿Has pensado en qué pasaría si dejas de estar con tu nuevo novio?

—No. Lo cierto es que no lo he pensado. No tengo intención de que se acabe. No hay mentiras

de por medio.

—¡Vaya indirecta!

—No, indirecta no. En realidad, va muy directa. Entre tú y yo siempre ha habido mentiras. Con él todo es muy diferente. Tengo la seguridad de que no le comparto con nadie más.

—Espero que no te equivoques. Yo te deseo lo mejor.

—Yo también. Cuídate.

Y se acabó. Se cerró la puerta, por fin. No puedo creer que después de tantos años de relación, yo no haya conocido a la persona con la que estaba. Sus palabras me han dolido. ¿Cómo puede pensar eso de un hijo? ¿Un incordio? ¿De verdad? ¿Se puede pensar eso de un hijo? ¡Valiente idiota! Espero no tener que volver a cruzármelo nunca. Y espero que mi hijo no tenga nada que ver con él.

Decido ir a ver a Marcos al hotel. Tengo ganas de un buen abrazo, y los de él son los mejores. Después de tanta tensión, es lo que me hace falta.

—Buenos días, Monique —saludo a la recepcionista.

—Buenos días, Sofia. ¿Cómo estás?

—Bien. Buscaba a Marcos.

—Está en su despacho, pero está reunido.

—No te preocupes, le esperaré. Aprovecharé para ir al servicio.

De camino, veo la puerta del despacho abierta. Me asomo un poco, veo a una mujer alta, morena y consigo oír algo.

—Ella no puede enterarse. Ya te dije que está embarazada, esto la destrozaría. Dame tiempo, por favor.

—¿Tiempo? ¿A qué esperas para contárselo?

—Yo decidiré cuándo se lo cuento.

—¿Tú? Si no se lo cuentas tú, lo haré yo, y no creo que te guste eso.

—No me amenaces, Fiorella. Deja de joderme la vida.

—Sí, vuelve a decirme que soy el error de tu vida. ¿Lo soy, Marcos? ¿Y por qué siempre acabas buscándome?

—No quiero seguir hablando de eso. Desaparece de mi vida, ¿vale?

—Sabes que no puedo hacerlo, y cuando lo hago, tú vuelves a buscarme. Decide lo que quieres en tu vida, Marcos. Cuando lo sepas, dímelo.

Decido salir de allí antes de que me vean. ¿De qué va todo esto? ¿Quién es esa mujer? ¿Y por qué dice que siempre acaba buscándola? No puede ser verdad. ¿Me está engañando? ¿Es posible que vuelva a pasarme lo mismo? ¿Es Marcos capaz de hacerme lo mismo que me hizo Álvaro?

Un nuevo palo en tu vida, Sofia. Suma y sigue.

Después de mucho pensar, he decidido que hoy duermo en casa de Ana. No quiero estar cerca de Marcos. No sé si en realidad está con esa mujer, pero, aunque no fuera eso, lo que sí es cierto,

es que me está engañando, y en este momento, no tengo fuerzas para enfrentarme a él.

He recogido algunas cosas, me voy unos días a Barcelona a visitar a mis padres. Quiero estar allí tranquila. Lo necesito. Demasiadas emociones esta semana. Le escribo un mensaje a Marcos.

SOFÍA_15:30

Hola. Hoy duermo en casa de Ana. Me apetece estar con ella hoy. Mañana salgo de viaje a visitar a mis padres. Necesito desconectar un poco.

MARCOS_15:32

¿Cómo que te vas donde tus padres? ¿Sabes que estás embarazada? ¿Qué ha pasado, Sofía?

SOFÍA_15:33

Necesito salir de aquí unos días. Me ahogo. Necesito estar sola. No preguntes más, por favor.

MARCOS_15:35

¿Y te vas sin más? ¿Sin mí?

SOFÍA_15:37

Sí. Te he dicho que quiero estar sola.

MARCOS_15:39

Estupendo. Espero que me llames. Por cierto, ¿a qué has ido al hotel?

SOFÍA_15:40

Nada. Quería verte, pero luego tuve que irme.

MARCOS_15:42

¿Y por qué no me has esperado? ¿Cómo te ha ido con Álvaro?

SOFÍA_15:43

Estabas reunido, no quería interrumpir. Ha ido todo bien. Por fin está todo zanjado y podré tener mi dinero. Hablamos más tarde.

Y, sin más, corto la conversación. Si sigue preguntándome, seguramente no sea capaz de callarme y explote. Hoy, más que nunca, necesito a mi amiga.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? ¿Y esa maleta? ¿Vienes a quedarte? —pregunta Ana.

—Hola. Estoy mal. Me voy, y no me quedo.

—¡Vaya! Gracias por contestar a todo. Pasa, anda, creo que tenemos mucho de qué hablar.

—Siento presentarme así.

—Tranquila, sabes que no me importa. ¿Qué ha pasado? ¿Habéis discutido? ¿Ha pasado algo con Álvaro esta mañana?

—No..., bueno..., no lo sé —empiezo a llorar.

—Tranquila, respira, y cuéntamelo todo.

—Por fin tengo el piso vendido. Álvaro parecía resentido esta mañana con lo de mi embarazo. Ha dicho cosas muy feas, como que los niños son un incordio, que si luego te separas tienes que

cargar con ellos, y que si hubiera tenido hijos, hubiera sido conmigo, pero que, claro, todo sería igual con la separación. Si le hubiera dicho que va a ser padre, me hubiera dicho que no quiere hacerse cargo de él, y me ha dado a entender que Marcos también me engañará.

—¿Y? ¿Te afecta lo que te pueda decir ese hombre? ¡Por favor, Sofía! Es un cabrón que te ha engañado todas las veces que ha querido!

—Ya lo sé..., pero quizás tenga razón.

—¿Razón en qué, Sofía?

—En que Marcos puede engañarme.

—¿Engañarte? Pero ¿qué estás diciendo?

—Cuando salí de allí, me fui a ver a Marcos. Me dijeron que estaba reunido, la puerta estaba abierta, y estaba hablando con una mujer de cosas muy raras; decía que no podía contármelo todavía, que eso me destrozaría. Y la mujer insistía en que si no me lo contaba él, lo haría ella. ¿Qué ocurre entre esos dos? Ella decía que él siempre la buscaba.

—¿Y no será alguna empleada, y te estás haciendo una película en tu cabeza?

—¿Empleada? ¿Tú crees que a una empleada se le dice «ya te he dicho que estaba embarazada, no le he contado nada»?

—¿Lo has hablado con él?

—Claro que no. ¿Qué quieres que le diga? Marcos, ¿estás poniéndome los cuernos?

—¡Eres una paranoica!

—¿Paranoica yo? Lleva meses sin tocarme, Ana. Me evita.

—¿Y por qué no lo has hablado con él?

—¿Qué quieres que le diga? Le entiendo. Estoy gorda y fea... —Me pongo a llorar—. No me siento bien. Tengo a mi lado al hombre más guapo del mundo y yo estoy horrible.

—Pero ¿tú te estas oyendo, por favor? Estás preciosa, nena, y embarazada. ¿En serio crees que no quiere estar contigo? Marcos te adora. Solo tienes que ver cómo te mira. Le tienes totalmente enamorado. ¿No tienes ojos en la cara? Mira, voy a darte un consejo, a pesar de que sé que no harás caso. Habla con él. Si te preocupa cualquier cosa, díselo, no lo dejes pasar. Si crees que te está engañando, habla con él, y cerciérate de que eso es verdad. No vayas a meter la pata, por favor.

—No tengo ganas de hablar. Me siento fatal. Me veo como cuando Álvaro me engañó. No puedo pasar otra vez por eso, de verdad. No podría soportarlo una segunda vez.

—Estás dando por hecho que te está engañando.

—No quiero seguir con el tema. Solo quiero estar tranquila.

—No seré yo la que te dé una mala noche. Ni a ti, ni a mi sobrino. ¿Cómo te vas mañana?

—En AVE.

—¿Quieres que te acerque?

—¿Podrás?

—Por supuesto. Vamos a cenar, anda.

Esa misma noche, vuelvo a recibir una llamada de Marcos, pero no quiero cogérselo, también recibo mensajes, pero lo que menos me apetece es contestarle. Mañana será otro día.

Capítulo 17

Llevo cuatro días en Barcelona, y, aunque estoy relajada, la tristeza me puede.

Echo de menos a Marcos. El día que llegué, le mandé un mensaje diciéndole que no me llamara, que yo iba a estar bien, pero que, por favor, no lo hiciera, que necesitaba desconectar de todo. Sigo dándole vueltas a lo de esa mujer. Quizá lo mejor sea que nos separemos definitivamente. Desde el minuto uno yo no quería atarle, y siento que eso es lo que voy a hacer.

Esa misma tarde, Ana me llama.

—Hola, nena. ¿Cómo estás? ¿Ya me echas de menos? —pregunto.

—Hola. No sé si te echo de menos, pero tengo muchas ganas de que vengas para matarte.

—¿Qué pasa?

—No quiero disgustarte, pero ha estado aquí Marcos y tienes que saberlo. Estaba muy deprimido no sabe qué te pasa y estaba muy preocupado, dice que de un día para otro le dejaste de hablar, no querías saber nada de él y no entiende nada. Piensa que ha pasado algo contigo y con Álvaro, que quieres volver con él, y está destrozado. Dice que desde que quedaste con él, las cosas entre vosotros no están bien.

—¿Y qué le has dicho?

—No le he dicho nada, solo que tenéis que hablar, pero que nada tiene que ver con Álvaro, que ese tema para ti está zanjado. Sofía, por favor, tienes que hablar con él. Está destrozado. Sinceramente, si ese hombre estuviera con otra mujer, ¿crees que se preocuparía tanto por ti? No le importaría nada, Sofía. ¡Abre los ojos, por favor!

—A lo mejor tienes razón. Creo que le debo una explicación, y él a mí también. Voy a tratar de ir mañana. Pero no prometo nada.

—Inténtalo o, por lo menos, llámale.

—Vale. ¿Quieres saber algo?

—Dime.

—Tu sobrino no para de darme patadas. Me tiene destrozada. Ayer estuvo explorándome un amigo de mi madre, y me ha dicho que el parto está muy cerca.

—¿Cómo que está muy cerca?

—Sí. Me hizo una ecografía, y me dijo que no llego a los nueve meses ni de broma.

—¡Dios mío! ¿Y piensas venirte sola?

—Tranquilízate. Te he dicho que está muy cerca, no que sea inminente.

—No se te ocurra venirte sola.

—¡Ana, por favor! No empieces. No pasa nada. No voy a parir de camino a Madrid, tranquila.

—Lláname en cuanto sepas a qué hora vienes.

—Tranquila, lo haré.

Decido mirar el billete, y tengo suerte de que encuentro uno para salir, lo único que es a las siete de la mañana. Le diré a papá que me acerque. Le informo a Ana de la hora, y no tarda ni un segundo en decirme que me recoge ella. Era de esperar.

El día pasa rápido, y la noche..., la noche se presenta movida.

Alguien toca la puerta de la habitación y me despierto.

—¿Marcos? ¿Qué haces tú aquí?

—No soportaba estar un minuto más sin verte.

—Pero ¿y el hotel?

—El hotel sigue en su sitio. La única que no está donde tiene que estar, eres tú. ¿Cuándo vas a dejar de huir, Sofía? —Se acerca a mí y me acaricia. Sus manos son fuego en mi cuerpo.

—Yo..., yo...

—Tú deberías estar conmigo en casa. Prometí que te cuidaría, y no me estas dejando.

—¿Qué quieres que haga?

—Que vuelvas, que me dejes quererte. Te necesito.

—Yo también, pero las cosas no son tan fáciles.

—Sí los son. Somos nosotros los que siempre las complicamos. Vive la vida, Sofía. Deja que las cosas pasen y punto.

—¿Tú me quieres?

—¿De verdad me estás preguntando eso?

—Sí.

—Claro que te quiero. Desde el primer momento en que fuiste a esa fiesta al hotel, y me la pusiste tan dura como una piedra.

—Eso queda muy lejos ya... ya ni siquiera me deseas.

—¿Qué tonterías estás diciendo?

—La verdad, Marcos. Desde que estoy embarazada me has tocado dos veces. Echo de menos sentirme deseada. Sé que mi cuerpo ha cambiado, pero eso no quiere decir que no sienta la necesidad de estar contigo.

—¿De verdad piensas que no te deseo? —Me coge la mano y la pone en su miembro. Y está claro que está igual de excitado que lo estoy yo. Me besa con ternura, y luego con tanta lujuria que pierdo la cabeza. Ya ni siquiera me acuerdo de por qué estoy enfadada. Me desnuda lentamente, me suelta el sujetador y me acaricia los pechos, juguetea con mis pezones en su boca, a la vez que con su mano toca mi sexo, introduce sus dedos dentro de mí. Me encanta que juegue.

—Dime, amor, ¿sigues pensando lo mismo? —Pone su miembro en mi mano—. Voy a demostrarte lo equivocada que estás. Voy a hacer que te corras y te olvides de todas las tonterías que te atormentan en esa cabeza. —Me penetra suavemente, y cada vez va subiendo más el ritmo. Me hace perder el control, ni siquiera mi barriga le impide hacerme sentir la mujer más deseada del mundo en este momento. Llego al más placentero de los clímax. Es increíble sentirle tan cerca.

—Te quiero, te deseo, y no hay nadie más que tú. Jamás lo olvides. Ahora duerme.

Y eso hago, dormir. Hasta que me doy cuenta de que estoy completamente empapada.

¡Mierda! Me despierto, miro para todos los lados, le busco, pero no le veo. La habitación está igual que antes de acostarme, y para mi asombro, sigo en pijama. ¡No puedo creerlo!

¡He tenido un sueño calenturiento! Eso nunca me había pasado. Parecía tan real..., ¡le echo demasiado de menos! ¡Quiero estar con él!

Esto no puede seguir así. En cuanto llegue a Madrid, pienso ir a verle.

Capítulo 18

Aquí estoy, parada frente al hotel, sin saber si entrar, o irme a casa. Por fin me decido, y entro. Saludo a la recepcionista, a la que, por cierto, ahora no conozco y me dirijo al despacho, oigo voces detrás de la puerta.

—Estás hecho un trapo por una mujer que no merece la pena. ¿En serio piensas tener ese hijo con ella? Solo te quiere para que les mantengas a ella y al mocosito. Cuando haya conseguido lo que quiere, te dejará, como todas.

—Deja de decir tonterías, ¿quieres?

—Sabes que yo soy la única que puede hacerte feliz. Tú y yo nos entendemos tan bien... —Me asomo y veo cómo se acerca a él, y empieza a tocarle la oreja. No aguanto más, y salgo de ahí. ¡Maldita sea! La historia se repite. Cuando voy por el pasillo, tengo que agarrarme a la pared. Siento un dolor muy fuerte en la tripa, y de repente me siento empapada.

¡No, aquí no!

Alberto, el botones, viene corriendo.

—Sofía, ¿qué ocurre?

—¿A ti que te parece? —le contesto de mala manera. Algunas preguntas resultan absurdas.

—Voy a llamar ahora mismo a Marcos. —Le cojo de la chaqueta.

—Tú no vas a llamar a nadie, ¿me has entendido?

—¿Cómo no voy a llamarle?

—Porque yo he dicho que no. Pídemelo un taxi ahora mismo. —Para mi buena suerte, la loca de la recepcionista se pone a gritar como si no hubiera un mañana:

—¡Dios mío! ¡Va a dar a luz aquí! Llamad a una ambulancia.

—Hazme un favor, dile a la loca esa que se calle. No quiero armar jaleo, y llama a un taxi, quiero largarme de aquí ya. —El muchacho corre al mostrador y veo cómo marca el teléfono, pero mi *buena suerte* no acaba ahí, Marcos sale.

—¿Qué son esas voces? Se oyen en mi despacho. —Le miro con todo el odio que en ese momento soy capaz de expresar—. Mi amor, ¿qué haces aquí?

—Ni me toques. Ni te acerques. Ya me voy. Y no quiero que me acompañes.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿A quién? ¿A ti o a mí?

—A ti.

—Fíjate, que cada vez que me presento por sorpresa, soy yo la que acaba sorprendida.

—¿De qué hablas?

—De tu amante. La que tienes en el despacho.

—¿De qué cojones estás hablando? Yo no tengo ninguna amante. No es lo que piensas

—¡Uy! Es genial. ¿Esa frase es tuya? ¡Ah no! ¡Es la que dicen todos los putos infieles de mierda!

—Estás nerviosa, tranquilízate. Vamos al hospital.

—No estoy nerviosa, y contigo no voy a ningún lado.

—Claro que sí.

—He dicho que no me toques.

—¿Piensas tener aquí a nuestro hijo?

—No es tu hijo, Marcos, que te entre en la cabeza. —Según suelto la frase me doy cuenta del daño que acabo de hacerle. No debería haberla dicho, pero la rabia me puede, y no soy de las que se arrepienten de lo que dicen.

—Eso ha sido un golpe bajo, Sofia.

—Sí, puede ser, pero también los tuyos.

—No quiero seguir discutiendo, has roto aguas, voy a acompañarte al hospital. Si decides que no quieres que entre, lo entenderé, pero voy a acompañarte. —Desisto. La vida de mi hijo está en juego. Corremos al hospital.

Cuando llego, me monitorizan rápidamente, y me dicen que estoy de parto, ya he dilatado, y el nene está pidiendo pista. El doctor entra en la habitación.

—Hola, Sofia. Nos vamos al paritorio. ¿Usted es el padre?

—Sí.

—Entonces, vamos.

—Sofía, ¿quieres que vaya?

—Puedes hacer lo que quieras, pero vámonos ya.

Salimos de la habitación, y vamos a los paritorios. He llegado demasiado tarde, y no me han podido poner la epidural. ¡Benditos dolores!

La comadrona me intenta relajar, y Marcos me coge la mano.

—No sé qué es eso que he hecho tal mal, pero te aseguro que te quiero, y que quiero a ese niño por encima de cualquier cosa.

—¿Sí? Entonces, ¿porque vas diciendo que no es tuyo?

—¿Quién ha dicho eso?

—¡Tú, maldito mentiroso! ¡Dios, qué dolor! ¡Que salga ya, por favor! Tú le dijiste a tu amiguita que no era tuyo. La oí cuando te lo decía.

—¿Ahora te dedicas a espiarme?

—Sí. Llámale espiar a enterarme de la verdad.

—No tienes ni idea de cuál es la verdad. Pero te juro que voy a contártela.

No aguanto más el dolor, comienzo a empujar, las contracciones son cada vez más fuertes, y me dicen que empuje y que empuje. Y eso hago, hasta que, por fin, llega. Mi bebe ya está aquí.

—Papá, ¿quiere usted cortar el cordón?

—Sí. —Cuando Marcos lo hace, me lo pone en brazos, y le veo llorar—. Es el bebé más bonito del mundo. Es igual que su mamá. —Yo también lloro. No sabía que la sensación de tener a mi hijo en brazos fuera la de tocar la felicidad con las manos. Es precioso. Acaba de nacer el único hombre de mi vida. El amor de mi vida.

Capítulo 19

Después de pasar por tantos dolores, ahora las cosas están más tranquilas. Marcos no para de mirar al niño, y a mí me da mucha ternura. En verdad le quiere.

—¿Has pensado algún nombre? —me pregunta.

—Sí. Alexandro. ¿Qué te parece?

—¡Me encanta! Es precioso.´

—Me alegro de que te guste.

—Sé que no es el momento, Sofia, pero me gustaría saber si... si todavía quieres que sea su padre.

—¿Sabes qué? Que ser padre no es un apellido. Ser padre es querer a ese hijo como si fuera tuyo, dar la vida por él, aunque para eso tengas que perder la tuya, y eso tú sabes hacerlo. Has sido su padre mucho antes de que naciera, y solo ver cómo lo miras... Creo que él también quiere que lo seas. Pero que lo seas no cambia nada, yo no quiero nada de ti. Ni voy a pedirte ninguna responsabilidad. Solo me gustaría que siguieras viéndole. Quiero que te llame papá.

—Sofía... lo que Fiorella dijo... no es verdad. Yo sé que tú me quieres igual que yo a ti, y que jamás querrías aprovecharte de mí. ¿Crees que no lo sé?

—Yo... Mira, no es el momento ahora de hablar.

—Cuando salgamos de aquí, prometo explicarte todo, y si cuando lo haga quieres alejarte de mí, lo entenderé. Te prometo que lo entenderé.

Y así lo dejamos. No era día para discutir, era día de estar felices porque mi hijo por fin estaba aquí.

El día está lleno de visitas, como era de esperar, y yo soy feliz. Hasta vienen los padres de Marcos a los que, con sinceridad, no esperaba. Él me pide disculpas por haberlos llamado sin avisar, pero estaba tan ilusionado que quería que conocieran a su nieto.

Y sí, *aparentemente*, somos una familia feliz, y subrayo el *aparentemente*, porque, como todo en la vida, a veces las cosas no son lo que parecen.

Epílogo

Hace más de una semana que estamos en casa. Rectifico, estamos en casa *de Marcos*. Él se muestra muy cariñoso conmigo, pero yo sigo estando reacia. Todavía no hemos conseguido hablar, y es que Alexandro ocupa casi todo nuestro tiempo. ¡Es un bebé precioso! Pero qué va a decir una madre, ¿no? Marcos no para de mimarlo, le duerme, le abraza... simplemente le quiere. Todo perfecto, si no fuera porque yo no he olvidado mis dos visitas al hotel, pero sé que antes de que acabe esta semana la conversación entre nosotros se producirá.

Marcos

Estoy agobiado. Fiorella ha vuelto a aparecer para atormentarme de nuevo la vida. Mi madre le dijo que estaba saliendo con una mujer maravillosa, y, cómo no, ha venido a olisquear.

He tenido varios encuentros con ella y ninguno satisfactorio. Cree que tiene algún derecho sobre mí, y estoy tratando de resolver las cosas con ella, pero se niega. Quiero terminar con ella de una vez por todas. Hace tiempo que no tenemos nada entre nosotros. Si es cierto que, cuando estaba soltero, siempre la buscaba, pero desde que conocí a Sofia, todo ha cambiado.

Ella ha transformado mi vida. La quiero, y estoy enamorado de ella, por eso decidí ser el padre de esa criatura, porque el amor que siento por ella es tan inmenso, que formar una familia es lo que más feliz me hace. Por eso necesito que Fiorella salga definitivamente de mi vida. Antes pensaba que podíamos ser amigos, pero creo que eso no es posible. Fui un bobo al contarle las cosas que me pasaban y apoyarme en ella cuando Sofia no estaba. Nunca tenía que haberlo hecho, porque ella lo ha usado para jugar sucio y amenazarme con contarle nuestro secreto si yo no lo hago. No entiende que el sexo entre nosotros se acabó hace tiempo, y que el amor se acabó hace mucho más.

Tengo miedo de contarle todo a Sofia, porque sé que no deja de ser una mentira, o digamos que una verdad ocultada. He sido un estúpido, y más sabiendo lo que opina ella sobre eso. Sé perfectamente que ella ahora no lo entenderá, y lo que menos quiero es que me aparte de mi bebé, que le adoro cada día más, y mucho menos que, por mi culpa, vuelva a caer en las garras de ese

malnacido de Álvaro. Eso sí que no me lo perdonaría nunca.

Las cosas entre nosotros no pueden seguir así, yo sé que me quiere, que está bien conmigo, pero su orgullo y lo que escuchó no le dejan continuar, y no la culpo. Por eso mismo, ha llegado el momento de decirle la verdad, y que ella decida si quiere seguir o quiere que me aleje para siempre. Se lo debo.

Sofía

Las cosas entre Marcos y yo no acaban de funcionar. Yo quiero dejarme querer, pero a veces me resulta imposible, la verdad. Tiene muchas cosas que explicarme, y yo también quiero decirle que entre Álvaro y yo ya no queda nada. Toda esa historia se acabó desde el momento en el que me enamoré de él. Me he dado cuenta de que mi hijo es lo más importante del mundo, y que ahora por quien tengo que preocuparme es por él. Es lo más bonito que me ha pasado. Jamás pensé que el amor durara para toda la vida. He descubierto que sí, que el amor que una madre siente por su hijo jamás se apagará.

—Hola, nena. Quiero hablar contigo —dice Marcos.

—Sí. Yo también.

—¿Cómo está mi bebé? Cada día mi príncipe está más guapo. ¿Has echado de menos a papá? Papá no ha dejado de pensarte ni un solo momento. —Me derrito cada vez que le oigo hablar con el niño. Es puro amor con él. No quiero arrebatarle a mi hijo ese amor tan bonito.

—Voy a acostarle y ahora hablamos —le digo.

—Vale.

Me voy a la habitación, y le tumbo en su cunita.

—Mi rey ,mamá y papá te quieren mucho, lo sabes, ¿verdad? Eres el niño más afortunado del mundo. No voy a dejar que papá se aleje de nosotros. Trataré de luchar por que seamos una familia. Te lo prometo, mi niño precioso.

Salgo de la habitación.

—¿Ya se ha dormido?

—Sí. Es un glotón y un dormilón.

—Tenemos mucha suerte de tenerlo.

—Sí. Él también tiene mucha suerte de tenerte. Me encanta que le quieras tanto.

—Suerte tengo yo de que me hayas dejado estar con vosotros. Quiero que las cosas se arreglen, Sofía. Quiero que volvamos a ser los de antes.

—Para que eso ocurra, hay muchas cosas que solucionar antes.

—Lo sé. Tengo muchas cosas que explicarte.

—Sí. Desde luego que las tienes, pero quiero y necesito que primero me escuches. Verás, el día

que vendí la casa, Álvaro y yo estuvimos hablando, me dijo que era muy pronto para que yo estuviera embarazada, que él no quería ser padre, que si algún día lo hubiera sido, hubiera sido conmigo y que, aun así, luego con las separaciones los niños son un estorbo, y a la hora de tener otra relación es todo un lío. No podía sentirme más orgullosa de la decisión que había tomado de no decirle que iba a ser padre, pero no te voy a engañar, salí muy tocada, el Álvaro que me hablaba, no era con el que yo había convivido cinco años. No le reconocí. Y me di cuenta de que no solo me engañó cuando se acostó con esa mujer, sino que lo hizo durante muchos más años. Y no hay nada peor que no ser sincero. Salí mal, y quería ir a verte porque te necesitaba, por eso fui al hotel, pero cuando llegué, tú estabas ocupado, y, sin querer escuché la conversación con esa mujer. Te decía que me tenías que contar algo, y tú decías que ya le habías dicho que no, que yo estaba embarazada. Ella te presionaba, y te decía que tú siempre la buscabas. Me sentí engañada, y por eso mismo, esa noche, no quise ni dormir a tu lado. Al día siguiente, me marché a Barcelona, necesitaba pensar. Después de llevar varios días allí, Ana me llamó para decirme que tú estabas mal, que habías ido a verla y que creías que quería volver con Álvaro, y decidí volver. Esa misma noche, tuve un sueño tan real... en el que no solo me decías cosas que yo necesitaba escuchar, sino que me hacías el amor como lo hacías antes. Que ese es otro punto, no has vuelto a tocarme desde entonces, yo me sentía fea, e inferior a ti. Tú eres un hombre muy guapo y puedes tener a la mujer que tú quieras. ¿Qué hacías con una tía como yo, que encima venía con mochila? En fin, que te echaba tanto de menos, que volví al hotel una segunda vez, y otra vez me volvió a pasar. Otra vez, esa mujer hablando de mí. Tuve que escuchar que le habías contado que ese hijo no era tuyo. Nadie dijo que dijeras que lo era, pero me pareció tremendo que esa mujer lo supiera. Nadie te obligó a decir que era tuyo, Marcos, tú lo decidiste. Además de todo eso, tuve que ver cómo te tocaba. Por suerte, salí mucho antes de ver lo que continuaba. No quiero volver a ser una cornuda. No quiero que me vuelvan a engañar. Prefiero que esto termine, Marcos, pero no quiero que te alejes del niño, sé que le quieres de verdad.

—Buf..., qué de cosas tengo que explicarte, nena. Lo primero es que no pienso separarme de ti, y menos del niño, a no ser que tú me lo pidas. Otra cosa... ¿cómo es eso de que no te toco? Estoy deseando hacerlo. Es más, ando como un burro salido, pero tenía miedo de que por mi culpa le pasara algo al bebé. Sabía que si te tocaba, no podría parar. Pero te juro que yo no he tocado a nadie en este tiempo, nena, ni rozar a nadie. Y lo de Fiorella, no te voy a negar que hace tiempo nos acostábamos, pero desde que te conocí, no he vuelto a estar con ella. No hay nada entre nosotros, pero hay cosas que tenemos que resolver.

»Yo te amo a ti, mi amor, como nunca he amado a nadie. No pienso en mi vida si tú no estás en ella, pero entre esa mujer y yo hay muchos problemas. Por desgracia, no puedo apartarla de mi vida. Primero tengo que resolver algunas cosas.

—¿Si no os acostáis, qué es eso que tenéis los dos? ¿Le debes dinero?

—Bueno... dinero no exactamente... Digamos que es dueña de la mitad del hotel.

—¿Dueña? ¿Desde cuándo? ¿Por qué?

—Sofía, yo... sé que tenía que habértelo contado mucho antes, y que probablemente no vayas a perdonarme, pero, créeme cuando te digo que te quiero, y que si tengo que perder el hotel por estar contigo, lo haré, no me importa nada.

—Dime qué pasa, Marcos, por favor.

—Sofía yo..., yo... estoy casado. Estoy casado con Fiorella.

¿Casado? No, no puede ser verdad. Empiezo a llorar sin control. Esto sí que no me lo esperaba. Quizá podría esperar que me dijera que había tenido un desliz, pero jamás imaginé que estaba casado.

He estado todo este tiempo con un hombre casado.

—No llores, amor. Si no me he separado antes es por el hotel. Me tiene cogido por los huevos, pero por ti soy capaz de mandarlo todo a la mierda. No me importa nada, por favor, no llores, no lo soporto. Dime algo, insúltame, haz lo que quieras, pero dime algo.

—Mira, Marcos, no fui capaz de perdonar una infidelidad porque no fui capaz de olvidar, imagínate perdonar una mentira tan grave durante tanto tiempo. ¿Crees que puedo perdonarte por esto? Ni por todo el amor que siento por ti. Estás casado, y me has mentido. Lo nuestro empezó con una mentira de por medio, ¿crees que nuestra historia es de verdad? ¿De verdad estás enamorado?

—No quiero que te marches, por favor. Si quieres tiempo para pensar, me voy, pero no me alejes de vosotros, ni te vayas. Quiero que estéis bien. Te amo, te juro que te amo. Aunque no me creas.

—No, no te creo. El amor es sinceridad, honestidad. El amor no empieza con mentiras, el amor termina por mentiras.

Y así, de esa manera, me fui a la habitación, rota de dolor, porque el hombre al que amo pertenece a otra mujer. Ya sea por dinero, por negocio, por lo que sea, pero he descubierto que lo que creía que era mío, nunca lo ha sido.

Yo soy de las personas que creen que cuando uno se siente triste y perdido, encuentra esa canción que define su vida en esos momentos por los que pasa, y la mía es de Carlos Rivera, y será esta por muchos días.

Se quedará en el ayer, cada lugar, donde te amé.

Y para qué seguir pintando de color un cielo gris, si ya todo se ha nublado y hay que partir, mejor suelta ya mi mano, ya no nada que fingir, nuestra historia ha terminado y ya entendí que estaba tan equivocado, tú no eras para mí, yo no era para ti.

Nota de autora

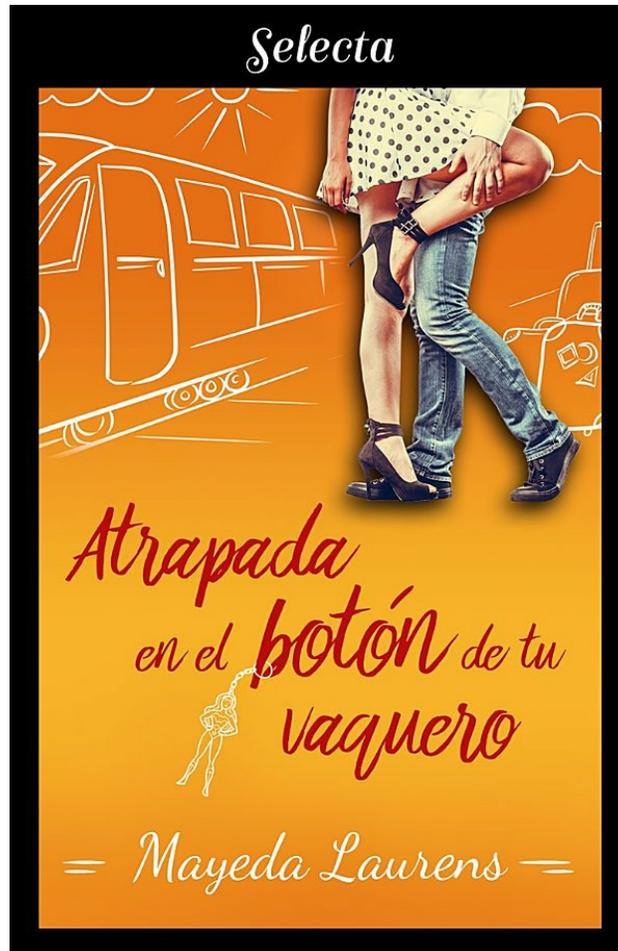
En el amor siempre hay que confiar, pero cómo hacerlo cuando han jugado con tu corazón varias veces; cuando, después de todo, volviste a confiar y volvieron a fallarte... ¿Dejarás de creer en el amor?

Jamás hay que dejar de hacerlo. La vida nos pone piedras, muros, pero, si uno quiere, no hay barreras. La felicidad nos espera en algún lado. No la dejemos escapar. A veces, merece la pena luchar por amor.

Dedicatoria

Quiero dar las gracias a cada una de las personas que forman parte de este sueño. A las que han estado desde siempre, y a aquellas que se suman cada día. Gracias por confiar en mí y en lo que escribo.

Si te ha gustado
Infidelidad
te recomendamos comenzar a leer
Atrapada en el botón de tu vaquero
de *Mayeda Laurens*



Capítulo 1

— ¡Llego tarde! ¡Llego tarde! ¡Por favor! ¡Dejen paso!

Nada, ni una sola persona de las que bloquean mi camino se digna a dejarme sitio. ¡Dios! ¿No se dan cuenta de que llevan a una loca resoplándoles en la nuca?

He tomado este tren un montón de veces y jamás he visto la estación tan atestada de gente, pero parece ser que hoy, justo hoy, todos los turistas del mundo han decidido abarrotarla. Porque sí, porque son turistas y punto. Nadie, si no es por estar de vacaciones, camina tan relajado cuando tiene que subir a un tren.

Está bien, ya me he cansado de ser educada. Agarro el asa de mi maleta de cuatro ruedas con firmeza y la asciendo de categoría: desde ahora es el carrito del demonio. Me lío a empujones con todo el que se me pone delante y, con la cara más inocente que logro componer, voy soltando disculpas a diestro y siniestro. Mientras introduzco la maleta por el control de equipaje, estiro el cuello todo lo que puedo y miro por la ventana buscando el andén al que debo dirigirme. ¡Horror! Mi tren está ahí. ¿Cuánto tiempo tengo para subir? Da igual, sé que debo volar. Literalmente. En cuanto veo mis pertenencias aparecer, me tiro casi en plancha a por ellas y emprendo una loca carrera hasta las puertas de acceso a las vías. Por fortuna, no hay cola, así que, con el bolso colgando de mala manera de mi codo, mi maleta de cuatro ruedas funcionando sobre una sola, y mi cuidado peinado haciéndome ahora parecer la diosa Medusa, planto en las narices de la amable señorita la pantalla de mi móvil mostrando mi billete. Como se da cuenta de mi apuro, aunque no hace falta tener un máster para ello, no tarda en dejarme libre el camino para que pueda continuar.

— ¡Mierda! ¿Dónde está mi vagón?

No tengo tiempo para averiguarlo. Desde lejos veo al revisor asomando la cabeza para comprobar que nadie más espera en el andén. No me gusta perder las formas, pero menos aún perder el único tren que me llevará a mi destino en hora, por lo que, olvidándome de todo, grito a pleno pulmón:

— ¡Espere! ¡Falto yo!

Creo que no me ha oído, de modo que, como si en verdad fuera la sobrina tuneada del Inspector Gadget, imagino que mis piernas se estiran hasta convertirse en zancos y alargo mis brazos para lanzarme de cabeza a la puerta del tren más cercana a mí. Tal cual. Tanto que, aunque consigo subir, de pronto me he convertido en la nueva pegatina de la ventana de enfrente. Ahí me he quedado. Entre la de prohibido fumar y cuidado con el escalón.

Por suerte o por desgracia, aún hay gente colocando su equipaje en la zona habilitada para ello. Y no dejan de mirarme. Pero eso da igual: he conseguido mi objetivo. Hoy será un gran día.

Con toda la dignidad que una puede tener tras esta entrada triunfal, y después de haberme dejado caer hasta el suelo para recuperar el aliento, me levanto con aires de reina, rechazando la ayuda

de un señor mayor que me mira con algo de censura en sus ojos, como si repitiera el mismo mantra que mi abuela: «La juventud de hoy en día no sabe comportarse». Quizás ha sido eso lo que me ha llevado a desestimar su ayuda. Pero, en cuanto consigo ponerme de pie, me arrepiento de haber sido tan altiva, ya que pierdo el apoyo y vuelvo al suelo porque uno de mis tacones se ha roto en algún momento de mi loca carrera. Con toda probabilidad, al hacer de Superwoman. No pasa nada.

«Tranquila, Laura. Hoy puede ser un gran día».

Sí, mi dignidad ha sufrido un duro golpe. En consecuencia, esta vez, me incorporo con cuidado y, con los andares de un pavo mareado, pero pavo real al fin y al cabo, coloco la correa del bolso en mi hombro, ahora sí utilizo las cuatro ruedas de mi maleta para dejarla de pie y busco en mi móvil el número de vagón. El 7. Perfecto. Es el último. Una sonrisa radiante ilumina mi rostro y elevo los ojos al panel informativo que hay justo sobre la puerta que da acceso a los asientos. «Coche 1».

—¿En serio?

Por supuesto, no se lo pregunto a nadie. La única persona que había conmigo se ha largado. Supongo que el anciano al que he osado rechazar me ha abandonado a mi suerte sin mirar atrás. Total, ya que estoy sola, sigo hablando en alto.

—Fantástico. Ahora te toca atravesar coja todo el maldito tren, y tirando de la maleta, además.

Reconozco que la opción de quedarme todo el viaje de pie, en el mismo lugar en el que estoy, para evitar que alguien me vea de esta guisa, no resulta muy agradable y, por tanto, no es válida. Así que inspiro profundamente y cambio de la posición de pavo real mareado a palomo cojo, pero con el pecho bien hinchado. Se entiende, ¿no? Por lo de «pecho palomo». Bueno, es igual. El caso es que me acerco a las puertas y comienzo mi periplo a paso de tortuga vieja, por si las moscas.

¿A estas aturas me he dejado algún bicho sin nombrar?

En fin, un buen rato después durante el cual he sentido todas y cada una de las miradas de los pasajeros sobre mi lastimosa persona, llego por fin a mi asiento. Como soy previsora y no me gusta perder el tiempo, ni siquiera durante los viajes, acostumbro a comprar las cuatro plazas que rodean la mesa para poder trabajar a gusto. Las cuatro. ¿Qué? Necesito espacio para desplegar mi arsenal: ordenador, libreta, bolis de colores, móvil, termo de café y la bolsa con las galletas de chocolate. Es todo un ejercicio de logística imposible de realizar en un solo asiento. Sí, se puede considerar una excentricidad. Vale, lo es. Pero la universidad cubre el gasto de mi transporte y yo, en lugar de viajar en una clase superior, prefiero invertirlo en cuatro plazas y hacerme con la mesa de centro.

La gente me mira mal. Igual están esperando a que el resto de los viajeros que suban en las siguientes paradas me digan unas cuantas cosas. ¡Pues mala suerte! Esta mesa es solo para mí. Además, que miren lo que quieran. No me importa.

Cuando todo el material está colocado tal y como a mí me gusta, me apoyo en el respaldo del asiento y doy un largo trago a mi café.

Y lo escupo sobre la pantalla del ordenador.

—¡Joder!

Sin poder evitarlo, vuelvo a ser el centro de atención. Yo, que adoro pasar desapercibida, aunque no siempre lo consiga... ¡Pero es que me he quemado! El puñetero café está ardiendo. ¿Qué iba a hacer? ¿Tragarlo? Pues no. ¿Y si me quemo la garganta y en lugar de terminar dando la *master class* en la universidad acabo dando explicaciones en el mostrador de urgencias de cualquier hospital? Por esto último no me iban a pagar.

Dejo el termo en la mesa y saco un pañuelo de papel de mi bolso que, por si no lo había dicho, es exactamente igual que el de Mary Poppins, solo que en lugar de guardar un perchero, un espejo, una planta y una lámpara, yo llevo ropa de recambio, neceser, cargadores varios, un par de bolsas de chucherías como emergencia en caso de que me baje el azúcar, un paraguas por si cambia el tiempo de repente y unas zapatillas de deporte.

¡Es verdad! Sin pensarlo dos veces, me quito los zapatos de tacón y los coloco en el asiento de al lado. Busco unos calcetines dentro de mi bolso y, tras ponérmelos ante la atenta mirada —otra vez— de algún que otro pasajero aburrido, me calzo las deportivas. He perdido el glamur. Pero no de forma permanente. Sé que en algún lugar llevo un tubito de pegamento fuerte. Lo uso para millones de cosas: arreglar una uña rota, reparar una carrera en las medias, restaurar el tacón de mis zapatos... En alguna ocasión, tras una dura sesión en la universidad, me he sentido tentada de esnifarlo, pero siempre he superado esta crisis cambiándolo por un trago de café.

En fin, ¿por dónde iba? Ah, sí. El café. Limpio el desaguisado que yo sola he organizado y vuelvo a dejar la mesa en perfecto orden. Evito beber de nuevo y empiezo a teclear como si me fuera la vida en ello.

No mucho tiempo después, me doy cuenta de que no puedo concentrarme. Siento miradas sobre mí, pero me niego a despegar los ojos de la pantalla. Quizá me he vuelto un poco paranoica con tanto accidente esta mañana. Me abstraigo de nuevo en mi tarea, pero no hay manera.

Desesperada, levanto la vista del ordenador y lo veo.

Pero no «lo veo *a él*». No. «Veo *al hombre de anuncio*». Porque sí. Porque no es un mortal más. Este tío no puede llevar una vida normal fuera de un plató. Estoy segura. Habría sucumbido a la presión del público baboso que, sin lugar a duda, lo acosaría a cada paso que diera.

Miro a mi alrededor, pero debo ser yo la única afectada. El resto del vagón va a lo suyo. Lo miro de nuevo. Igual solo yo tengo esa impresión. La verdad es que nunca me he fijado en los mismos hombres que el resto de las mujeres de mi entorno. De hecho, siempre me han dicho que soy de «gusto especial». Pero nunca ha sido algo que me haya molestado. En realidad, solo es necesario que me importe a mí. Y este tipo es, sin duda, de los míos.

Pues aquí estoy yo. En medio de un trabajo importantísimo que he de terminar, en pleno mes de junio, deseando que acaben las clases, y contemplando, contra toda lógica, a mi vecino de vagón.

El caso es que, ahora que me doy cuenta, me he desconcentrado porque he sentido que él hacía lo mismo conmigo. En este momento está disimulando, estoy segura. Fijo mi atención en la

pantalla y, al segundo, lo noto otra vez. Levanto la vista corriendo pero... ha sido más rápido. Ya no mira. De acuerdo. Esto es el salvaje Oeste y solo puede quedar uno. Otro intento más.

¡Ajá! ¡Te pillé! Esta vez sí. No me había equivocado. Muy bien. Y ahora ¿qué?

«Ahora te centras en tu trabajo». Pues sí. Esto es una soberana tontería.

—¡Menudo día!

Por fin estoy de vuelta. Acabo de sentarme en mi butaca del tren. Esta vez, sin mesa. Para el regreso no la necesito. Encima, termino tan agotada de estas sesiones maratónicas en la universidad, que solo tengo ganas de dormir. Me coloco los auriculares, pasándolos con cuidado por encima de mi cabeza —los míos son estos tan grandes, de diadema. Nunca he entendido el gusto por meterse algo en el oído una y otra vez. Además de antihigiénico, me resulta incomodísimo— y los conecto a mi teléfono móvil. Seleccione mi lista de reproducción favorita y cierro los ojos.

«Perfecto, Laura. Una charla más superada y un jugoso ingreso en la cuenta».

En realidad, mi vida tiene poco de interesante. Soy una maestra común, «monda y lironda», como dirían algunos. La única diferencia con muchos de los de mi gremio es que siempre quiero más información. Y formación. Las dos cosas. Que no quiero decir que no haya más maestros a los que les guste reciclarse, ¡jojo! A lo que me refiero es a la comodidad en la que viven algunos, que les hace seguir anclados en los años veinte. El caso es que hace cinco años cambié las aulas por los grupos de investigación. He pasado por unos cuantos, la verdad. Me costaba encontrar mi lugar. En el primero que aterricé, vi que la gente era demasiado poco arriesgada y partían de una base muy tradicional. En el segundo, los integrantes vivían en los mundos de Yupi; que está bien querer innovar, pero hay que ser consciente de la realidad en la que estamos y de que no se puede cambiar todo con un chasquido de dedos. En el tercero, me topé con gente muy animada a la hora de plantear ideas, pero con poca energía para llevarlas a la práctica. Y, al final, me cansé de buscar mi sitio. Ahora mismo dirijo un grupo de estudiantes en una de las universidades privadas más prestigiosas de la capital. Está claro que el cambio tiene que partir desde abajo, así que, en mi opinión, lo mejor es trabajar con las nuevas generaciones desde el principio. Y no, no estoy hablando de política.

Nos reunimos, si no hay nada urgente, durante una semana al mes y, como con esto no puedo ganarme las habichuelas, conseguí una cátedra en la universidad. Mi proyecto gustó tanto que al final organizo, también, cursos de formación. A veces me cuadran con el tiempo que paso en

Madrid. Es algo estresante, la verdad. Pero trabajo de manera intensísima durante unos pocos días al mes y, el resto, cuelgo en YouTube pequeñas ponencias en las que hablo de distintas problemáticas infantiles y posibles maneras de abordarlas. Pero claro, como de esto tampoco se come, procuro dejar dudas sin resolver y, cada tres meses, organizo cursos en línea. ¿Qué? No soy una ONG y no me alimento del aire. Ya dejaré el altruismo cibernético para cuando me jubile; para entonces me habré quedado sin dientes, y las sopitas son baratas.

Por cierto, no lo he dicho. Pero he pasado ya de los treinta. Con creces. No hace falta concretar, tampoco es un dato de vital importancia. Sí, ya lo sé. Con aquello de que los investigadores tienen fama de haber perdido toda su vida entre los libros, igual lo que pega es que ronde los cincuenta. Pero no. De mitos está el mundo lleno. Y a mí me encanta romperlos. Otra cosa es que lo consiga, pero pongo todo mi empeño. Palabra. Ahora no viene al caso, de manera que no hace falta que ponga ejemplos.

Y, además, estoy cansada. Cansada, no casada ¡ojo! Que este estado civil también se le presupone a alguien que tiene mi edad y mi profesión. ¡Pues no!

Acabo de colgar mi último vídeo en la red: celos entre hermanos. Sí, un topicazo. Pero un verdadero quebradero de cabeza cuando lo padeces. Y hablo por experiencia propia. Aunque no diré si los sufrí yo o los sufrieron por mí. Tampoco viene al caso.

Y dos semanas más tarde, me encuentro de nuevo en el tren, camino de Madrid. Pero en esta ocasión no he ganado puntos por atropellar turistas. He sido buena y solo he utilizado mi maleta para la función para la que fue creada.

Bueno, eso tampoco es cierto. En las maletas se transporta ropa. Yo salgo de casa con ella vacía, tal cual, porque las pocas cosas que necesito para mis viajes a Madrid las llevo en mi superbolso, con la intención de poder cargarla de libros a la vuelta. Quien dice libros, dice revistas, artículos de interés, folios y folios llenos de ideas y, en algún momento, exámenes de mis alumnos. Sí, no está bien esto de sacarlos de la universidad, pero ¿qué queréis?, ojos que no ven... Me arriesgo mucho, me juego hasta la cátedra, lo sé, pero, de esta manera los corrijo con tranquilidad en mi casa, que así es como se tienen que hacer las cosas, que las prisas no son buenas. —Aunque, para ser sincera, solo lo he hecho un par de veces, y juro que en mi vida me he puesto más nerviosa. De hecho, creo que ahí terminan mis coqueteos con la ilegalidad. Sí, acabo de decidirlo. *Nunca mais*—. Además, después de revisar sus trabajos, envío un correo a cada uno de mis alumnos con anotaciones, ideas o dudas que me surgen tras leer las pruebas. Si lo hiciera en las propias hojas, en muchos casos habría escrito más que el dueño del examen... Sí, los hay muy parcos en palabras, qué le vamos a hacer.

A lo que iba. He vuelto a marcar mi territorio con mis armas. Paso de las miradas esta vez. Hoy estoy relajada y por fin es lunes, día de suerte, como diría una amiga mía. Es psicóloga, y ya se

sabe con los de esta rama: el mundo es bueno y yo soy fantástica. Cada día nos saluda en el WhatsApp con mensajes del tipo «hoy es martes, día de suerte». Lo atípico del caso es que cada día de la semana es una jornada de suerte para ella. Lleva tres años dándonos los buenos días así en el grupo cada uno de los siete días. No se cansa. Y no ha faltado ni uno. Igual debería recomendarle visitar un especialista...

Pues eso, soy genial y hoy puede ser un gran día.

Otra vez esa sensación... Levanto la mirada y ahí está él. El tipo de belleza especial de la última vez. Me extraño un poco de encontrarlo de nuevo en mi tren. Pero lo mismo puede pensar él de mí. Así que, con un cosquilleo recorriendo mi espina dorsal, me vuelvo a centrar en mi trabajo.

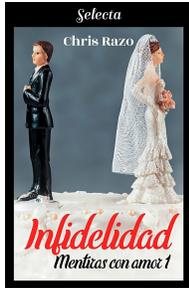
Me cuesta, es cierto, pero no hay nada que un buen trago de café no solucione. Esta vez, sin embargo, soplo con ganas en el termo. Sí, no es muy chic, teniendo en cuenta que estoy siendo observada, pero entre ligar y sobrevivir... está claro ¿no?

En realidad, hoy no tengo mucho en qué concentrarme. Me puedo dedicar a observar disimuladamente a este hombre, a pesar de que él lo haga con descaro. Yo tengo más clase que todo eso, la verdad. En fin... Ahora que lo pienso, tiene que ser alto, porque sus hombros alcanzan una altura poco común en el respaldo del sillón. Desde donde estoy, es todo lo que puedo ver. Bueno, y sus rasgos, claro. Moreno, de pelo muy corto, sin ninguna ceremonia del tipo ondas, peinado «despeinado», tupés o cosas por el estilo. Es corto y ya está, por lo que no puedo saber si es rizado o liso. Desde aquí parece que tiene los ojos oscuros y sus facciones son marcadas. No es mucha información, pero a mí, lo que veo me satisface. Y punto.

Cruzamos la mirada un par de veces más, y en cada ocasión consigue que me ponga nerviosa. Pero no en plan observación siniestra y espeluznante. No, es más del tipo seducción. Más como si estuviera pensando de mí lo mismo que yo de él: que no tiene desperdicio. Todo lo que puedo descubrir desde aquí me tiene hipnotizada. Esos ojos tan oscuros... En una novela romántica sería el candidato idóneo para una escena tórrida. Me encanta, así de sencillo.

Se acerca el fin del trayecto. Guardo mis cosas, por supuesto todo cabe dentro de mi bolso, y, cuando me pongo de pie para acercarme a la salida, el tipo se ha largado. Y por el lado opuesto del vagón, porque por el mío no ha salido. Bueno... Otra vez será.

Infidelidad



El sabor de la mentira

Hasta que su novio la deja por otra, Sofía era inmensamente feliz.

Cinco años de relación, miles de recuerdos y una vida rota.

Ella cree que todo está perdido, hasta que alguien consigue sacarla de su error.

Los ojos de la perdición

Marco, un famoso hotelero italiano, irrumpe en la vida de Sofía para ponerla patas arriba. Un tórrido encuentro entre ellos hará que no puedan olvidarse.

Ella está convencida de que no volverán a encontrarse. ¿Qué posibilidades hay de hacerlo en una ciudad tan grande?

El destino tiene otros planes

Una revista y unas fotografías harán que los protagonistas se enamoren sin remedio, pero la vida todavía les tiene preparada una última sorpresa.

Una noticia pondrá su relación entre las cuerdas, y un encuentro inesperado hará que una mentira del pasado salga a la luz.

¿Serán capaces de perdonar una mentira?

Chris Razo nació en Madrid el 7 de enero de 1990. Apasionada de la literatura, estudia Filología Hispánica en la Uned, compaginándolo con su trabajo, su familia y su hijo pequeño. Enamorada de la novela romántica comenzó a escribir desde muy pequeña, pero no fue hasta hace dos años cuando se decidió a autopublicar su primera novela. Desde entonces no ha parado de escribir.

Edición en formato digital: diciembre de 2019

© 2019, Chris Razo

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-63-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Infidelidad

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Nota de autora

Dedicatoria

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Chris Razo

Créditos